

DOCUMENTO DE MALINAS 3

RENOVACIÓN EN EL ESPÍRITU Y SERVICIO DEL HOMBRE

Cardenal L. J. Suenens

Dom Helder Camara

“En efecto, la renovación en el Espíritu será auténtica y tendrá una verdadera fecundidad en la Iglesia, no tanto en la medida en que suscite carismas extraordinarios, cuanto si conduce al mayor número posible de fieles, en su vida cotidiana, a un esfuerzo humilde, paciente y perseverante para conocer siempre mejor el misterio de Cristo y dar testimonio de Él” (JUAN PABLO II. Exhortación Apostólica Catechesi tradendae n° 72).

PRÓLOGO

Me permito recordar mi encuentro con Dom Helder Cámara, en octubre de 1962, durante los primeros días del Concilio Vaticano II. Yo no conocía personalmente a Dom Helder, pese a que había escrito el prefacio de la traducción portuguesa de mi libro La Iglesia en estado de misión.(1) Vino a verme a mi residencia, en la casa de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, en Via Aurelia, y, de entrada, me dijo, con la viva imaginación del poeta y el ardor fogoso del apóstol, cómo veía él ...el final del Concilio. Venía a decirme, con precisión, cómo concebir el escenario de la clausura. Anticipación brillante en colorido, para transmitir por televisión al mundo entero. Sugería que no se limitase a promulgar textos sino a presentar las conclusiones de la renovación conciliar en una serie de imágenes con garra como, por ejemplo, gestos simbólicos de reconciliación ecuménica espectacular, en los que se nos mostrase al Papa dando el beso de paz a Atenágoras, a Visser't Hooft, secretario general del Consejo Ecuménico de las Iglesias, al Gran Rabino... Todo estaba previsto, incluso las composiciones musicales que habrían de servir de fondo a las imágenes y, para terminar, reservaba la Sinfonía incompleta de Schubert. El poeta Helder había programado todo, hasta los detalles.

A partir de este primer encuentro, pintoresco y profético, hemos hablado con frecuencia de la Iglesia de nuestros sueños y a veces hemos hecho converger nuestros esfuerzos en ciertas iniciativas.

El Papa Juan XXIII había distribuido personalmente entre los siete miembros del Comité Central del Concilio los esquemas preparatorios. Me había encargado que fuera el relator de los dos esquemas clave, que se iban a convertir en su fase final en la

Constitución Dogmática sobre la Iglesia, Lumen Gentium, y la Constitución Pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual, Gaudium et Spes.

Desde el comienzo de los trabajos, la imagen de la América Latina me obsesionaba, como laboratorio de una pastoral a revisar, una Iglesia por así decirlo, de talla humana en este continente en que vivía un tercio de los católicos del mundo. La América Latina me obsesionaba también por sus problemas de población y de pobreza y, en consecuencia, por el problema subyacente de la natalidad. Todo esto lo compartíamos en común, y para nadie es un secreto que la influencia discreta y eficaz de Helder Cámara entre los miembros del CELAM (del cual fue secretario general) en más de una ocasión a lo largo del Concilio nos proporcionó el apoyo de numerosos obispos de la América Latina, que votaron lo mismo que nosotros, obispos de Europa Septentrional, que intentamos salir de ciertos atolladeros del pasado.

El “querer y no querer las mismas cosas” (idem velle et idem nolle) es, según los antiguos, la base de toda la amistad. Hemos creído que expresándonos juntos, en estas páginas, respecto a dos acentuaciones que hoy determinan un distanciamiento entre cristianos -los “comprometidos” y los “carismáticos”-, quizá pudiéramos ayudar a superar ciertos exclusivismos empobrecedores y a integrar “lo que Dios ha unido”: el primero y el segundo mandamiento.

En nuestra opinión, un cristiano que no fuera carismático, -en el sentido más amplio de la palabra, es decir, disponible al Espíritu y dócil a sus mociones- sería un cristiano que olvida su bautismo; un cristiano que no fuera social sería un cristiano truncado, desconocedor de los imperativos del Evangelio.

Hemos pensado que la manera más sencilla de trabajar juntos -en términos musicales diríamos tocar a cuatro manos- sería exponer por turno cómo vemos al cristiano de hoy, en una total apertura a Dios y en un servicio integral a los hombres.

Cada uno lo dirá con lo que ha sido su pasado, su vida, su sufrimiento propio, que consiste a veces en ser interpretado al revés.

Helder Cámara es conocido en el mundo como “la voz de los que no tienen voz”. Esto le da derecho a hablar claro, con estilo personal y vibrante, asumiendo, como es sabido, los riesgos que esto comporta. Un día, en Bruselas, al comenzar una conferencia, le oí decir: “Perdonadme, yo no hablo francés, yo no hablo flamenco; yo hablo “Cámara”, es decir, -añadió con humor-, yo hablo con mis brazos, mis manos, mi cuerpo... y todo mi corazón”.

Es el obispo de los pobres el que en estas páginas habla de nuestros deberes sociales; pero también es el obispo que pasa largas horas nocturnas en oración y une fuertemente su acción a la influencia de Dios.

Ojalá podamos ayudar, juntos, a hacer comprender que la oración y la acción evangelizadora, social y política, no son más que una sola cosa en la vida del cristiano que quisiera ser fiel a todas las páginas del Evangelio versículo por versículo.

Yo presentaré el problema que palpita en estas páginas; a continuación expondremos los dos sucesivamente cada uno de los aspectos que definen al cristiano completo en su compromiso religioso, social y apostólico. Lo expresamos de acuerdo con nuestros propios puntos de vista, pero siguiendo una total unidad de criterio.

El último capítulo sobre la dimensión política fue redactado por mí; pero traduce un pensamiento común. Éste es, claro está, el mismo de la Iglesia, tal como está expresado en sus documentos más oficiales, que van desde la Constitución Pastoral, *Gaudium et Spes*, pasando por Medellín y el Sínodo de los Obispos en Roma en 1971, hasta la Declaración de Puebla, en México, en febrero de 1979.

Tal es el contenido de estas páginas, que se presentan como el Documento de Malinas nº 3, en la serie consagrada a estudiar la Renovación en el Espíritu y sus implicaciones humanas en el corazón del mundo.

Pentecostés 1979

L.J. Cardenal Suenens

Arzobispo de Malinas – Bruselas.

INTRODUCCIÓN

Por el Cardenal Suenens

1. UN DOBLE ENFOQUE

En principio, se ofrecen dos centros de perspectiva al cristiano que quiere vivir y expresar su fe en el corazón del mundo.

En primer lugar, puede fijar su mirada en Dios, abrirse a su Palabra, a su acogida, a su gracia, y esforzarse después por llevar a su vida cotidiana la lógica de su fe, en todas sus dimensiones y consecuencias. El camino va de Dios a los hombres.

Por el contrario, otro tipo de cristiano se sentirá interesado primeramente por todo lo que pertenece al hombre y a la comunidad humana. Se sentirá, prioritariamente parte interesada del mundo en sus angustias y alegrías. El camino va de los hombres a Dios.

De esta opción nacen dos tipos de cristiano, según se ponga el acento en lo espiritual o en el compromiso temporal. Esta diversidad está en el origen de las dos tendencias más importantes que frecuentemente oponen a los cristianos de hoy, y figura en la base de una polarización dolorosa que, necesariamente, hay que superar.

2. SEPARACIÓN Y TENSIONES

La tensión entre el cristiano “espiritual” y el cristiano “comprometido” es particularmente sensible en el mundo de los jóvenes. La misma elección de uno de los temas del Concilio de los jóvenes de Taizé: “Lucha y contemplación”, indica que el problema constituye realmente el núcleo de sus preocupaciones.

Todos los que están en contacto con los jóvenes dan testimonio de su difícil búsqueda de equilibrio en este campo. Para muchos jóvenes que optan por el servicio social, la adhesión religiosa, y sobre todo eclesial, es como una alienación, una deserción.

La misma tensión se encuentra también en múltiples sectores. Han surgido interrogantes nuevos, poniendo en tela de juicio el sentido de la evangelización en un país de misión.

Algunos se preguntan: ¿Tiene sentido todavía evangelizar cuando el subdesarrollo de la población indígena reclama con toda urgencia reformas sociales, económicas y políticas? ¿Se puede anunciar a Jesucristo a pueblos que mueren de hambre?

¿En qué sentido es el Evangelio mensaje de salvación y de liberación? ¿Se trata, prioritariamente, de una revelación religiosa o de una revolución política?

Se sabe que una tensión análoga amenaza la cohesión del Consejo Ecuménico de las Iglesias. En él se dividen los cristianos según se ponga en primer plano la ortodoxia (reflexión teológica sobre los problemas doctrinales de la Unidad) o la ortopraxis (que

quiere encarnar la fe en Cristo en comportamientos sociopolíticos). El enfrentamiento de las tendencias se acentuó debido a que las Iglesias situadas en el hemisferio norte (y rico) del planeta se enfrentan con las Iglesias del hemisferio sur, donde la opresión social es un problema de cada día. El Comité Central del Consejo Ecuménico de las Iglesias, reunido en Kingston (Jamaica) del 1 al 12 de enero de 1979, resultó una sesión movida, buscando una síntesis difícil.

Esta misma tensión se encuentra también cuando se trata de apreciar las corrientes espirituales que atraviesan actualmente las Iglesias, en particular la Renovación en el Espíritu o Renovación Carismática.

¿Hay que rechazarla como un peligro de alienación, un factor de estancamiento social, o hay que acogerla como una gracia poderosa de resurgimiento, capaz de revivificar la existencia cristiana y de unir profundamente a los cristianos?

La oración, que esta renovación ha rehabilitado tan vigorosamente, ¿es deserción o, por el contrario, impulso para Dios en el corazón del mundo? Dar de nuevo a los hombres el sentido del Dios vivo, ¿no será el compromiso social por excelencia que necesita la humanidad para reencontrar su eje y su equilibrio fundamental?

Éstas son otras tantas preguntas que no se pueden eludir, e interpelaciones que nos invitan a buscar respuestas que tengan en cuenta toda la complejidad de lo real, y las múltiples facetas de un mismo Evangelio.

Monseñor Dondeyne, eminente pensador del Instituto Filosófico de Lovaina llamaba la atención sobre el peligro de las exclusiones en estos términos:

“Para subrayar mejor que la fe no es una coartada y que el creyente moderno debe aprender a encontrar a Dios en la vida de todos los días (lo que, manifiestamente, es algo magnífico), algunos pretenden que hay que centrar la predicación y la catequesis ante todo en el segundo mandamiento, (“Amarás al prójimo como a ti mismo”). “No entrarán en el cielo los que dicen Señor, Señor, sino los que hacen la voluntad de mi Padre” (Mt 7, 21). De estas palabras de Cristo se deduce que ser cristiano consiste, sobre todo, en trabajar por la liberación del hombre y la instauración de un mundo más justo”.

“Ciertamente, se habla mucho del hombre Jesús, pero es para ver en él el modelo del amor a los hermanos y la piedra angular de la Historia. Se olvida añadir que él es también el Verbo de Dios que, viviendo en el seno del Padre, nos comunica a Dios. Creer en el reino futuro es estar convencido que, porque existe Dios, el advenimiento de una sociedad más justa no es una utopía, pese a todos los fracasos del pasado”.

“La primera tarea de la Iglesia, como el pueblo testigo y portador del mensaje, sería ayudar al mundo a hacerse adulto, pero parece que se olvida que la misión propia de la Iglesia es también ayudar al mundo a encontrar a Dios. En cuanto a la catequesis, su tarea principal sería promover en los jóvenes el espacio de interpelación indispensable para que el problema de Dios pueda surgir algún día y la palabra “Dios” tenga un

sentido. Se subestima la importancia del anuncio explícito de Dios y de la enseñanza religiosa propiamente dicha.” (2)

3. LA COMPLEMENTARIEDAD NECESARIA

El conflicto de las tendencias, del cual hemos señalado algunos puntos destacados y sobresalientes, sólo se comprende bien a la luz de la historia. Como suele ocurrir, un unilateralismo provoca otro. Una acentuación demasiado fuerte da origen a una reacción a ultranza en sentido opuesto. No se encuentra de golpe el punto de equilibrio. Lo mismo ocurre con el conflicto, hoy particularmente sensible, entre el “verticalismo” y el “horizontalismo”. La llamada tendencia “horizontalista” nació, en parte, como reacción legítima frente a un cristianismo “desencarnado”, de tipo “pietista”, demasiado olvidado de las implicaciones sociales del Evangelio. En cambio, asistimos hoy a la acentuación inversa que corre el riesgo, si no se equilibra, de poner en entredicho la especificidad misma del cristianismo.

Lo señaló bien Etienne Borne (La Croix, 13 de noviembre de 1976): “Lo grave es que el debate enfrenta no sólo cristianos a cristianos, sino un cristianismo a otro cristianismo”.

Hay que evitar un doble escollo: el de un cristianismo desencarnado y el de un cristianismo sin Cristo resucitado y viviente.

Ser cristiano es estar “injertado” en Jesucristo y al mismo tiempo en los acontecimientos del mundo. Es estar abierto a Dios en la apertura al mundo. Es ser a un tiempo hombre de oración y hombre de acción, fiel a Jesucristo, Hijo unigénito de Dios y hermano de los hombres.

Cada bautizado es por definición miembro del Cuerpo de Cristo, llamado a vivir en comunión con sus hermanos en la fe y también con sus hermanos en humanidad.

Instaurar la justicia es un deber fundamental del hombre. Pero esta justicia concierne a la vez a Dios y al prójimo.

Para ser justo, hay que respetar todos los derechos y dar a cada uno lo que se debe. Dios tiene derecho a nuestra adoración, a nuestra alabanza. “Realmente es justo y necesario, Padre santo, -decimos nosotros en el prefacio eucarístico-, darte gracias siempre y en todo lugar, por tu Hijo amado Jesucristo”. Y el Salvador mismo, al que recurrimos como mediador nuestro ante el Padre, ¿no se ha convertido en “nuestra justicia”, igual que se ha hecho “nuestra sabiduría” y “nuestra liberación”?

Hay que respetar la justicia tanto en lo que atañe a Dios como en lo que concierne a los hombres, indisolublemente. El pobre igual que el rico tienen derecho, en justicia cristiana, a ser alimentados con la Palabra de Dios. La orden de “buscad primero el reino de Dios y su justicia” abarca el cielo y la tierra.

Acusar a la ligera a los cristianos espirituales de pietismo y a los cristianos “sociales” de secularismo, es desconocer a los unos y a los otros. Ni verticalismo ni horizontalismo son términos adecuados. El Cristo crucificado tiene la mirada fija en el Padre que está en los cielos, y el corazón traspasado por el amor a los hombres. La cruz es vertical y horizontal, simultáneamente.

Estamos destinados a acoger íntegramente este misterio en nuestras vidas. El servicio de los hombres y la contemplación de Dios están unidos. No podemos aceptar la deserción del mundo en nombre de Dios, ni el abandono de Dios en nombre de los compromisos temporales. El falso misticismo desencarnado sólo puede dar lugar a una fe política sin referencia cristiana alguna. Nos jugamos nuestra verdadera identidad.

El ex arzobispo primado de la iglesia anglicana, Doctor M. Ramsey, después de haber descrito estos dos tipos de cristianos que a veces tienden a oponerse, les dirige una llamada patética para que superen esta oposición falaz, abriéndose los unos a los otros:

“El testimonio del cristiano activamente comprometido en lo social y en lo político, exige desesperadamente su complemento, que es el testimonio del cristiano en estado de oración y de contemplación”.

Nosotros no podemos menos de hacer nuestra esta enérgica llamada. Todo el objetivo de estas páginas está ahí. Cuando se está abriendo un túnel -yo pienso en el de San Gotardo que une Suiza e Italia- se comienzan los trabajos de aproximación por cada uno de los lados. Lo importante es que los dos grupos de trabajo se encuentren en un preciso punto de confluencia que, sólo él, une los dos países: Sucede lo mismo aquí. Tanto si se parte de Dios hacia los hombres, como si se parte de los hombres hacia Dios, lo importante es que el encuentro sea en un mismo lugar de comunicación. Se trata de abrir el camino de los hombres a Dios y el acceso de Dios a los hombres. Con esta diferencia: que la iniciativa viene de Dios y que es Él quien nos invita a la colaboración humana. Con este espíritu es como Dom Helder Cámara y yo hemos concebido este libro. El orden de los capítulos muestra claramente la unidad que lo ha inspirado: De Cara a Dios. Al servicio de los hombres. Apóstoles de Cristo. En el Corazón de la Ciudad.

CAPÍTULO I. DE CARA A DIOS

Dom Helder Cámara

EL DIOS DE LA CREACIÓN

La criatura humana, en proporciones distintas y con resultados muy diversificados, descubre habitualmente al Creador en el corazón de la creación. El cielo, el sol y las estrellas; el mar y los ríos; los montes y los valles hablan de una manera particular del Creador y del Maestro... Generalmente, la criatura humana se siente pequeña frente a la naturaleza, impresionante por su grandeza y su Fuerza. La selva, los animales -sobre todo los más fuertes-, la tempestad ayudan al hombre a pedir socorro y piedad al Ser

Supremo, a quien no ve personalmente, pero cuya presencia y fuerza siguen siendo indiscutibles.

Cuando el cielo se cierra y la lluvia no cae; cuando los animales y las plantas se rarifican allí donde habitualmente encuentran su subsistencia, el hombre pide protección al Todopoderoso, a quien supone viviendo más allá de las nubes o de los montes más altos. Llega incluso el hombre, y solamente él, a la idea de matar, y de inmolar criaturas vivas, como si él mismo estuviese en ellas, ofreciendo su vida para granjearse la buena voluntad del Señor del universo.

El trueno y los relámpagos le parecen las manifestaciones de la cólera de su señor. Trata de interpretar el silencio, los vientos, y la marcha de los astros.

Casi siempre, en las agrupaciones humanas, algunos, hombres asumen el papel de lo sagrado y se presentan como los intérpretes privilegiados de parte del Altísimo, cuya voluntad tratan de discernir.

Por debajo del ser supremo, en diversas religiones del mundo, grupos humanos imploran a otros dioses menos poderosos, encargados, de manera particular, de ciertos campos o fuerzas de la creación. Ésta no es la visión cristiana, ni la del pueblo de Israel, cuya creencia en Dios prolonga y profundiza el cristianismo.

DIOS REVELA SU DESIGNIO DE SALVACIÓN

Entre los diversos pueblos, en virtud de una alianza especial querida por Dios, el pueblo judío fue elegido para ser un pueblo testigo, sobre todo en lo que respecta a la unicidad de Dios. Reconoce y proclama a un solo Señor y Maestro, a un Dios santísimo.

El Dios creador del mundo, en el que nosotros creemos, ha querido al hombre como “con-creador”. Encargó al hombre el sometimiento de la naturaleza y la terminación de la creación.

No contento con tener al hombre sumergido en Él –como la creación entera-, el Señor está en todas partes, en Él respiramos, actuamos y vivimos. El Señor, omnipresente en virtud de la creación, ha querido una alianza íntima y particular con el hombre.

No sólo ha querido dar al hombre el ser y la vida, sino también hacerlo entrar en la intimidad misma de su propia vida. Hizo con él una alianza nueva y definitiva.

EL DIOS DE LA ENCARNACIÓN

Para mantener al Pueblo testigo en su fe en el Dios único, Dios envió en otros tiempos patriarcas y profetas. Pero, en la plenitud y en el momento culminante de los tiempos, envió a su mismo Hijo, que se encarnó tomando en la Virgen María una naturaleza humana por obra del Espíritu Santo.

Dios se hizo hombre en Jesucristo.

Al venir así a nosotros, a vivir en nuestra tierra, Cristo nos trajo una revelación prodigiosa. Nos reveló que el Dios Todopoderoso y Altísimo, Padre de los hombres, ha querido que nos hiciésemos en Jesucristo -el Unigénito- hijos adoptivos, llamados a participar la misma vida de Dios.

El Hombre Dios, nuestro Hermano, ha querido -como su Padre por la creación- que terminásemos la redención lograda por Él. Nos quiere “corredentores” para acabar en nosotros y con nosotros la liberación del pecado y de sus consecuencias. El Espíritu Santo, finalmente, a imitación del Padre en relación a la creación y del Hijo respecto a la redención, quiere que colaboremos en su obra permanente de santificación. Desea que seamos, en cierto modo, instrumentos de “co-santificación”.

A nosotros, criaturas humanas, incumbe el deber de corresponder a estas iniciativas divinas que superan nuestros sueños más audaces.

En la medida en que somos conscientes de las riquezas de que estamos colmados, debemos hacer lo posible y lo imposible para servir, con todo nuestro corazón y con toda nuestra alma, como intérpretes de la naturaleza y como servidores de Dios.

El salmista nos enseña a prestar nuestra voz a la creación entera. A imitación de San Francisco de Asís, estamos invitados a cantar el Himno de las Criaturas y a aceptar nuestra vocación de “con-creadores”.

Sin juzgarnos mejores que nadie, pero actuando según las larguezas de Dios, debemos:

- Presentar al Señor nuestras angustias y nuestras necesidades en la hora de la aflicción, y abrirnos también a la alegría de adorar al Señor, gozosos de que El existe y de que es Dios.
- Esforzarnos, de una manera permanente por ensanchar nuestro corazón, por superar nuestro egoísmo, por extender nuestra comprensión, nuestro perdón y nuestra apertura al amor.
- Vivir de una manera muy concreta, el hoy del Señor en el lugar y en las circunstancias que Dios ha elegido para nosotros, tratar de ser, cada vez más peregrinos del Absoluto y ciudadanos de lo Eterno.
- Mirar con respeto y amor a cualquier criatura humana. Cualquiera que sea su lengua, su raza, su religión, el cristiano puede y debe pensar: “He aquí a un hermano o a una hermana”. Él puede y debe añadir: “Hermano o hermana de sangre”, dado que la misma sangre de Cristo ha sido derramada por nosotros dos como por todos los hombres.

LA ORACIÓN, LLAVE DE CONTACTO CON DIOS

Esta apertura y responsabilidad ante Dios se vive y se realiza en la oración, que nos pone en contacto directo con Dios, y nos une a Él. Sin oración, no hay corriente. No hay respiración cristiana.

Permítaseme añadir mi experiencia personal sobre el papel de la oración en la vida humana.

Fui ordenado sacerdote a la edad de veintidós años y medio, en 1931. Me encontraba en Fortaleza, una pequeña capital al nordeste del Brasil.

Desde esta época comprendí que, ante mi decisión de darme sin reserva a Dios y a mi prójimo, me sería absolutamente necesario consagrar espacio y tiempo a escuchar al Señor y a expresarle mis problemas. Sin esto, en poco tiempo me quedaría vacío, sin tener nada que ofrecer a mis hermanos y al Señor.

Desde entonces, me aprovecho de una facilidad que Dios me da: despertarme y poder dormirme después sin esfuerzo. Así, cada noche me despierto a las dos de la mañana y oro durante dos horas.

¡Que nadie se imagine que soy un gran penitente! No es un sacrificio para mí “velar y orar”. He descubierto que cometemos una enorme injusticia con nuestra alma si no le damos la ocasión de rehacerse, del mismo modo que, llegada la noche, concedemos reposo a nuestro cuerpo.

Hay reposos específicos para el espíritu: el contacto con la naturaleza, la música, la conversación con los amigos y, para quienes tienen el gozo de tener, fe, escuchar al Señor y hablarle.

Cuando me despierto, mi primer cuidado es rehacer en mí la unidad. Durante la jornada me disperso: mis ojos, mis brazos, mis piernas siguen direcciones distintas.

En estos momentos privilegiados de la noche trato de rehacer la unidad en mi vida, esta unidad que desde nuestro bautismo está en Cristo.

Una oración que acude a mi mente en estos momentos, con mucha frecuencia, es la del Cardenal Newman. Le gustaba decir (me refiero más al espíritu que a las palabras de esta oración): “¡Señor Jesús, no te quedes tan escondido dentro de mí! Mira por mis ojos; escucha por mis oídos; habla por mis labios; entrégate por mis manos; anda por mis pies... ¡Que mi pobre presencia humana recuerde al menos de lejos tu presencia divina!”

Una vez uno con Cristo, ¡qué alegría hablar a nuestro Padre en nombre de todos los hombres de todos los lugares y de todos los tiempos...! Los dos hechos uno, adoramos a nuestro Padre (y me gusta recordar todo lo que mis ojos han visto de más bello en mi vida). Damos gracias a nuestro Padre. Pedimos perdón (y entonces me gusta decir: Señor, yo soy verdaderamente un embajador cualificado de la debilidad humana,

porque todos los pecados que se han cometido, o bien los he cometido yo o podría cometerlos). Presentamos las peticiones de los hombres, nuestros hermanos...

En el momento de las peticiones, me gusta hacer ante Dios un balance de la jornada de ayer:

- Encontré a un trabajador en paro... Pienso en él, concretamente. Pero, aparte de él, pienso (pensamos) en todos los parados de hoy...

- Encontré a esta joven que se abre a la vida... Pienso en ella, pero, aparte de ella, están todos los jóvenes, sus problemas, sus esperanzas o sus penas.

Evidentemente, no olvido mi Breviario, (La Oración de las Horas). Y siempre la belleza y la plenitud de estos momentos vienen de la unidad con Cristo.

Esta vigilia, consagrada a la oración, me prepara para la celebración de la Eucaristía, cumbre de la jornada.

Y, por gracia del Señor, la Eucaristía abarca la jornada entera, porque todo, en mi simplicidad, se hace Ofertorio, Consagración, Comunión...

¡Os aseguro que, de esta manera, el Señor me da mil razones para vivir!

Permítaseme, además, evocar la alegría y la belleza de la oración comunitaria en nuestras comunidades de base.

Un bautismo celebrado en una comunidad de base es algo muy distinto de un acontecimiento social y familiar, que se reduce a veces a la elección de un padrino que pueda proteger al niño. En aquél está implicada toda la comunidad eclesial.

La comunidad entera se ha preparado para festejar la integración oficial de un nuevo miembro a la Iglesia y a la comunidad, que es la imagen viva de la Madre Iglesia.

Lo mismo sucede con los demás sacramentos. ¡Qué belleza y qué fuerza tiene una confirmación comunitaria, un matrimonio, una ordenación sacerdotal y hasta la ordenación de un obispo, celebradas en tales condiciones!

Para obtener celebraciones de este género hay que pagar un precio. Esto no se improvisa ni se reduce a formalidades. Pero, cuando se está ante verdaderas celebraciones comunitarias, se reviven verdaderamente los primeros tiempos de la Iglesia, y uno se acerca al ideal que se nos escapaba: ser un solo corazón y una sola alma en Cristo.

El cristiano, según su dimensión religiosa, es el cristiano en su puesto, uno con Cristo, abierto en Él y por Él a toda la vida humana; es el cristiano hermano universal de los hombres que gusta dar a la oración, visiblemente y en grupo, la dimensión comunitaria.

He tratado de expresar esto, a través de unas pobres y sencillas palabras, bajo la forma de esta oración:

“Muy pobre permanecerás
en tanto no hayas descubierto
que no es con los ojos abiertos
como ves mejor.

Seguirás siendo muy ingenuo
mientras no aprendas
que, cerrados los labios,
hay silencios mucho más ricos
que la profusión de las palabras.

Muy torpe seguirás siendo
hasta que no comprendas
que, juntas las manos,
puedes actuar mucho mejor
que agitándolas
pues, sin querer
puedes herir.”

Cardenal Suenens

“Formar un solo ser con Cristo”: tal es -Dom Helder nos lo acaba de recordar- la aspiración que suscita la vocación contemplativa del cristiano.

Quisiera decir, por mi parte, lo que esto implica hoy para el que desea ser discípulo auténtico del Señor.

1. EL CRISTIANISMO ES JESUCRISTO

El drama religioso de nuestro tiempo no consiste ante todo en la escasez de las vocaciones religiosas o sacerdotales, ni en el retroceso de la práctica dominical. El verdadero drama está en que el rostro de Jesús se ha desdibujado en el alma de los cristianos.

Con mucha frecuencia, el cristianismo es presentado al mundo como una ideología, una sabiduría de vida, una opción de valores. El cristianismo aparece como un “ismo” privilegiado, entre otros. Urge decir de nuevo a los cristianos que el cristianismo es Jesucristo. Persona única e inefable, de naturaleza divina y humana a la vez, que está en el corazón del pasado, del presente y del futuro, de la creación y del mundo.

“En medio de vosotros hay uno a quien no conocéis” (Jn 1, 26): esta proclamación de Juan el Bautista vale tanto para nuestros contemporáneos, como para los discípulos del Precursor. Nuestra generación debe reencontrar a Jesucristo en persona, como los

discípulos de Emaús la tarde de Pascua, y reconocer su presencia, sus múltiples modos de presencia entre nosotros.

La situación sociológica del cristianismo ha cambiado. Ya no es una herencia que se trasmite de padre a hijo; ya no está integrado en el ambiente de la vida cotidiana, pues aquí se le niega o se le pone en entredicho. Ya no está de moda el ser cristiano.

En lo sucesivo, más aún que en el pasado, el niño bautizado en las primeras semanas debe asumir un día, con plena conciencia, los compromisos cristianos que, en su primera edad, se contrajeron en su nombre. En el umbral de la edad adulta tendrá que descubrir a Jesús personalmente. Tendrá que pasar por una actualización bautismal “en el Espíritu y en el fuego”. En plena lucidez, tendrá que dejarse transformar por el Espíritu en un cristiano viviente, responsable de su fe, que sabe traducirla en la propia vida y en el corazón del mundo.

Situación nueva, que exige que se defina, de distinta forma, nuestra singularidad cristiana.

2. LA ESPECIFICIDAD CRISTIANA

Hoy se intenta responder claramente a estas preguntas: ¿qué añade realmente el cristianismo a una vida humana honesta y generosa? ¿En qué se diferencia un cristiano de un hombre que ame verdaderamente a su prójimo? ¿Qué significan frases como las que acabamos de decir: “ser uno en Cristo”, “rehacer la unidad en Cristo?” Y ¿qué quería decir San Pablo cuando exclamaba: “Para mí, vivir es Jesucristo!” (Flp 1,2 1) ¿Es puro lirismo o es la expresión de una fe vivida?

No habrá renovación espiritual en la Iglesia mientras que el bautizado no comprenda y acepte las exigencias de su bautismo: mientras no haya adaptado su vida a él. Es Jesucristo quien define nuestra especificidad y no nosotros: La norma no es una honradez media, que se obtiene estadísticamente viendo cómo vive la mayoría de los cristianos. Para definir esta norma, hay que responder a la pregunta: ¿Qué espera el Señor de aquellos a quienes llama en su seguimiento, y cómo comprendieron su vocación los primeros cristianos?

Los Hechos de los Apóstoles nos dan la respuesta.

3. EL CRISTIANISMO NORMATIVO

Los Hechos nos describen algunos rasgos del comportamiento “normal” de los primeros cristianos. “Los discípulos, -se lee-, eran asiduos a la enseñanza de los Apóstoles, fieles a la comunión fraterna, a la fracción del pan y a la oración” (Hch 2, 42). La imagen la tenemos en las comunidades apostólicas, fraternales, eucarísticas, espirituales.

Se ve aquí al cristiano viviendo una relación filial con Dios expresada por la oración común y, especialmente, por la celebración eucarística dominical. Vive también en comunión fraterna con sus hermanos; comunión fundada a la vez en el acuerdo de los espíritus y en la solicitud por los más pobres, que llega hasta poner los bienes en común.

La línea relacional vertical le orienta hacia Dios-Padre en un impulso de adoración, de reconocimiento y de imploración. La línea relacional horizontal le abre a los demás y a sus necesidades. El compartir fraternal que reina entre ellos asombra a los observadores por la intensidad de la caridad: “¡Mirad cómo se aman!”

El resurgimiento de nuestra autenticidad cristiana comprende también estas dos dimensiones.

Para medir el alejamiento de la vida cristiana “normal” -en sentido de “normativa”- es preciso, digámoslo otra vez, hacerse la pregunta inicial: ¿qué espera Jesús de sus discípulos? Tenemos tendencia a definir el cristiano en función de ritos, de prácticas, o de ciertas actividades morales. Pero, ¿es eso todo el cristianismo? ¿Es incluso su primera señal? La imagen que nos ofrecen el Evangelio y los Hechos de los Apóstoles es muy diferente: El mismo nombre de “cristianos”, que por primera vez se dio a los discípulos en Antioquía, revela una relación fundamental y particular con Jesucristo, el Resucitado.

No es posible engañarse sobre su identidad:

- el cristiano es alguien que entró en relación personal y viviente con Jesús, reconocido como su Salvador y como su Señor;
- no está aislado: se comporta como miembro del Cuerpo de Cristo por su inserción en una comunidad eclesial local;
- se sabe llamado, por orden del Maestro, a dar frutos, tanto por la evangelización como por el servicio a los hombres.

Tal es el cristiano “normal”, original, adulto. Habiendo decidido seguir al Maestro, ha aceptado pagar el precio de la Fidelidad hasta el testimonio supremo, incluso el martirio.

4. PARA MÍ, VIVIR ES JESUCRISTO

Hablando en rigor, se debe reconocer que sólo hay un cristiano completo: Cristo mismo. Pero tenemos que dejarle y transformar nuestras vidas, recibiendo de su plenitud.

“Para mí, vivir es Jesucristo”. ¿Qué es esto, sino que el cristiano es un hombre desposeído de sí mismo y poseído por Cristo en su vida concreta, a todos los niveles?

Vivir es ver, amar, hablar, moverse.

Vivir en Jesucristo es ver con sus ojos, amar con su corazón, hablar con sus labios y poner nuestros pasos en sus huellas.

No tenemos que detallar las exigencias religiosas del cristianismo. Señalaremos aquí sencillamente lo que caracteriza la singularidad cristiana en el servicio de nuestros hermanos.

El cristiano reconoce la nobleza del servicio, de la solidaridad, de la filantropía humana; pero se sabe y se siente llamado a vivirlos en comunión con Aquél que nos amó y se entregó por nosotros. La exigencia cristiana pide que vayamos a nuestros hermanos con el amor mismo de Jesucristo. Periódicamente, la Iglesia nos vuelve a poner ante los ojos, en la liturgia, las palabras del profeta Ezequiel: "Os daré un corazón nuevo, y pondré en vosotros un espíritu nuevo; os arrancaré ese corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Pondré dentro de vosotros mi Espíritu" (Ez 36,26-27).

5. AMAR CON EL CORAZÓN DE CRISTO

Dios cambiará nuestro corazón de piedra, para hacernos amar a los demás con su corazón. ¡Revolución fundamental y cambio radical! Humanamente hablando, yo no soy capaz de amar a muchas personas fuera del estrecho círculo de mi familia y de mis amigos. El corazón humano es demasiado débil para palpitar al unísono de las angustias humanas. Se sofoca enseguida, sobre todo cuando se trata de amar verdaderamente a personas poco simpáticas, y con mayor razón a gentes que nos son hostiles. Nuestro impulso se detiene en seco, al primer obstáculo.

Sin embargo, el cristianismo se vive verdaderamente, en toda su belleza, cuando amamos a nuestros hermanos, no sólo con nuestro pobre corazón, sino con el corazón mismo de Dios. Los hombres, con justo título, no han de ser amados por amor a Dios, como de soslayo, indirectamente, de cualquier forma.

Se trata de amarlos con el mismo amor de Dios. Ahí se opera la metamorfosis, que va más allá de la estrechez, de la reticencia y de la discriminación.

Haciéndome eco de las palabras de Newman, que Dom Helder evocaba, quisiera terminar esta página sobre nuestra identificación con Jesucristo con estas emocionantes líneas de Annie Johnson Flint;

"Cristo sólo tiene nuestras manos
para hacer su trabajo de hoy;
sólo tiene nuestros pies
para hacer que los hombres vayan por su camino;
sólo dispone de nuestra lengua
para contar a los hombres cómo murió,
y no tiene más ayuda que la nuestra para llevarlos a su corazón.

Somos la única Biblia
que leerá un mundo despreocupado.
Somos el evangelio del pecador, el credo del burlón,
el supremo mensaje del Señor,
que se expresa en obras y en palabras.

Pero ¿qué ocurrirá si nuestro camino es tortuoso,
si nuestra imagen está enturbiada,
si nuestras manos están ocupadas
por tareas que no son las suyas,
si nuestros pies nos conducen
al atractivo del pecado,
si nuestras lenguas hablan
cosas indignas de sus labios?
¿Cómo hemos de esperar poder ayudarle
si no entramos en su escuela? (3)

CAPÍTULO II. AL SERVICIO DEL HOMBRE

Cardenal Suenens

1. EL CRISTIANO Y SU SOLIDARIDAD HUMANA

No se puede ser cristiano en una estancia cerrada, a título personal. Todo bautizado debe asumir las consecuencias sociales de su fe cristiana. Ésta le compromete en una red de relaciones y deberes que se van extendiendo, por círculos concéntricos, imponiéndole opciones y rechazos en el plano familiar, profesional, económico, civil y político.

Incluso, la vida contemplativa, bajo las formas más radicales, no puede ser una fuga, sino, por el contrario, un caminar que quiere unir las profundidades de la existencia humana y cristiana.

El cristiano no puede aislarse del mundo ni huir al desierto. Cada uno debe tomar parte activa, según su vocación personal, en el trabajo de la humanización del mundo, por muy exigente que sea.

No se trata para él de elegir entre la fe y las obras, ni de yuxtaponer la fe y las obras. Se trata de poner la fe en acción. Cuando se subraya la importancia del deber social, bueno es señalar que todo lo que favorezca las mejores relaciones entre los hombres, todo lo que ponga en práctica su fraternidad, ya es acción social, aún cuando no se encarne en proyectos determinados.

Para tomar mejor conciencia de lo que representa la irradiación social de los cristianos, en grupos o individualmente, es indispensable extender la mirada a todo el campo

abarcado por el término “social”, y no restringir éste a una de sus manifestaciones o expresiones.

Jorge Gurvitch propuso una clasificación sencilla, que ayuda a poner un poco de orden en esta materia. Distingue:

a) el plano de las sociedades globales, es decir, el de los conjuntos sociales bastante completos para cubrir todas las necesidades de sus miembros, por ejemplo, un país o un grupo de países;

b) el plano de las agrupaciones parciales, como la familia, los grupos de parentesco, las asociaciones voluntarias, las clases sociales;

c) y finalmente, las múltiples formas de lazos sociales, a saber, las diversas relaciones que se establecen entre los miembros de una comunidad humana. (4)

Son numerosos, en efecto, los valores de la sociabilidad que son útiles, incluso necesarios, para una viabilidad real de los grupos menores, y hasta de las colectividades más importantes. El “problema de la incomunicación” es uno de los más graves de nuestra época. Se le estudia en todos los ambientes y se procura ponerle remedio en todos los grupos humanos: parejas, familias, comercios, fábricas, órganos directivos, etc. Y no es un cambio de estructura global lo único que podría dar una solución concreta a las dificultades de cada grupo.

Sucede que se reserva la etiqueta “social” únicamente para proyectos determinados, para reformas que tienen por objeto la transformación de las estructuras de la sociedad. El término “social” tiene una extensión más amplia y desborda de hecho este sentido restringido.

Hablando del impacto social de la vida teologal, monseñor A. Dondeyne escribía:

“A este respecto, el lenguaje paulino es de una fuerza reveladora impresionante. Para describir lo que la fe en Cristo realiza en el mundo, San Pablo habla de “una nueva creación”; de la aparición de un “hombre nuevo creado según Dios, en la justicia y en la santidad de la verdad”; y también de una participación en la manera de ser de Cristo resucitado por la acción del Espíritu. Los frutos del Espíritu son, escribe: amor, alegría, paz; longanimidad, benignidad, bondad; confianza en los demás... (Ga 5, 22-23).

Como se ve, lo que la fe vivida realiza no es una huída del mundo. Tampoco hace del cristianismo un superhombre, un ser excepcional, sustraído a la condición humana del común de los mortales. Lo que ella engendra es una cualidad existencial que transfigura la existencia humana de cada día -subrayamos- en el sentido de una mayor apertura, de una mayor verdad y veracidad, de bondad y de justicia, de libertad y de responsabilidad.” (5)

Estos valores de sociabilidad aparecen claramente dentro de una celebración litúrgica verdaderamente auténtica, o de un grupo de oración, que fundamentan un espacio de libertad, de confianza mutua, de gratuidad. Las relaciones interpersonales alcanzan allí

un nivel más profundo de comunión gracias a una apertura común al Espíritu del Dios vivo. El hecho de que cada miembro del grupo esté llamado a contribuir por su parte a la oración y a la edificación del conjunto -en el sentido paulino de la palabra- tiende a crear una comunidad de intensa participación. Es ésta una experiencia social de gran significación que no puede dejar de producir impacto sobre las demás relaciones humanas, por ejemplo, en el plano económico. La primera comunidad cristiana ofrece un notable ejemplo de ello. La Escritura nos dice:

“Y todos los que habían abrazado la fe vivían unidos, y tenían todas las cosas en común; y vendían las posesiones y los bienes, y lo repartían entre todos, según que cada cual tenía necesidad.” (Hch 2, 44-45...)

Se podrían señalar otros ejemplos a lo largo de la historia de la Iglesia donde las experiencias carismáticas desembocan en el terreno sociopolítico. Recordemos, en nuestro siglo, los nombres de Teresa de Calcuta, Martín Lutero King, César Chávez, Jean Vanier -y en el mundo no cristiano, a Gandhi- para testimoniar que la oración privada y colectiva puede ser una poderosa inspiración e impulso a la acción, exorcizando y purificando a ésta de todo resabio de odio, de orgullo y de violencia.

La Renovación Carismática, que apela al radicalismo evangélico, a la complementariedad de los carismas y al servicio mutuo, es ya, por esta razón, agente de transformación de la vida social. Pero la fe vivida conducirá con toda espontaneidad también a asumir iniciativas sociales tan variadas como los infortunios humanos.

Un libro reciente (6) ofrece una amplia gama de acciones sociales concretas, al alcance de la mano, en favor de los minusválidos, presos, drogadictos, ancianos, enfermos mentales y marginados de todo tipo, hasta las grandes acciones colectivas en pro de una sociedad más justa, una libertad mejor asegurada y un ambiente más sano.

En esta misma perspectiva, hay que subrayar el papel social que juegan, dentro de la Renovación y en otros sectores, las comunidades de vida en las que el compartir total o parcialmente los bienes resucita ante nuestros ojos la imagen de las comunidades primitivas. Lo social anclado en lo religioso, era el modo como nuestros monasterios eran en otros tiempos los lugares en que el trabajo y la oración se asociaban estrechamente, en perfecto maridaje entre la liturgia y el trabajo del campo.

El compromiso social, hay que decirlo, no es simplemente un deber moral añadido, pues forma cuerpo con la evangelización. Justamente en nombre de su conciencia evangélica la Iglesia se compromete con todo lo que hace al hombre más humano, con lo que le libera para su plenitud verdadera. El Sínodo de los obispos de 1971 lo ha vuelto a decir con esta frase clave:

“El combate por la justicia y la participación en la transformación del mundo se nos presentan plenamente como una dimensión constitutiva de la predicación del Evangelio, que es la misión de la Iglesia, para la redención de la humanidad y su liberación de toda situación opresiva”.

2. EVANGELIZACIÓN Y “HUMANIZACIÓN”

Si es importante unir evangelización y humanización, hay que evitar, sin embargo, el plantear la humanización en cuanto tal, como exigencia previa a la evangelización bajo la cobertura del falso principio: “Primero hay que humanizar, después evangelizar”. Lo cual vendría a significar que primero hay que salvar al hombre de sus alienaciones para, después -solamente después- anunciarle la Buena Nueva del Evangelio. La fórmula es peligrosa porque implica la suspensión -¿provisional?- del deber de anunciar a Cristo al mundo.

Incluso cuestiona el sentido mismo de la vida apostólica o misionera de la Iglesia, tanto dentro como fuera de sus fronteras. Lo rechazable en la fórmula: “Humanizar primero y evangelizar después”, es la palabra “primero”, es decir, el orden de sucesión y de prioridad.

Hay que ocuparse simultáneamente de los dos deberes. Afirmar: esto “primero” y esto “después—, implicaría un divorcio entre la evangelización y la humanización, siendo así, por el contrario, que se implican mutuamente.

Hay que dar a los hombres a la vez medios y razones para vivir. Uno de estos deberes no exime del otro. Como escribiría muy acertadamente el Padre Chenu O.P.: “La evangelización es de un orden distinto al de la civilización. Alimentar a los hombres no es, de suyo salvarlos, incluso si mi salvación me impone alimentarlos. Promover la cultura no es, en modo alguno, convertir a la fe”.

Por otra parte, Cristo no es solamente “vida del alma”. Él quiere dar vida al hombre integral. Nada cae fuera de su dominio, ya sea la vida familiar o profesional, cívica o económica, nacional o internacional, o las diversiones, la prensa, la radio, la televisión o el empleo de la energía nuclear.

Restringir el cristianismo a unas cuantas prácticas de piedad, por importantes que sean, es destruirlo. Se comprende que, al contemplar ciertas vidas cristianas atrofiadas y esclerotizadas, el incrédulo nos acuse de despreciar o de minimizar el esfuerzo humano o la justicia social. No es al cristianismo al que debe atacar, sino al cristiano que traiciona su fe y pregona abusivamente su vinculación a ella.

No se es cristiano solamente los domingos, en la iglesia. Hay que serlo a lo largo de la semana y de la jornada, mediante la práctica de todos los mandamientos, que no se reducen ni al primero ni al sexto. Hay que incluirlos todos e introducirlo todo el Evangelio en toda la vida.

3. EL PECADO DE OMISIÓN

También se desconoce el cristianismo verdadero cuando se le reduce al aspecto negativo de la ley: “no mentirás, no maldecirás, no robarás...” Porque, aparte del mal

que hay que evitar, existe el inmenso bien que hay que hacer. No basta con una buena conciencia negativa. Hay omisiones culpables y delitos por falta de amor.

Si, en el momento del triunfo de la economía los cristianos hubiesen tenido una conciencia viva de sus deberes sociales positivos ante la "misericordia inmerecida" (la expresión es de León XIII), la cuestión no se hubiera planteado de manera tan dramática.

Y si, todavía ayer, el comunismo naciente hubiese hallado ante sí a cristianos consecuentes, la historia contemporánea hubiera tomado indudablemente otro rumbo. El escritor ortodoxo N. Berdiaev escribía hace algún tiempo estas líneas punzantes: "El bolchevismo tomó cuerpo en Rusia y venció allí porque yo soy lo que soy, porque no había en mí una verdadera fuerza espiritual, esa fuerza de la fe capaz de trasladar montañas. El bolchevismo es mi pecado, mi culpa. Es una prueba que se me ha inflingido. Los sufrimientos que me ha causado el bolchevismo son la expiación de mi culpa, de mi pecado, de nuestra culpa común y de nuestro pecado común. Todos son responsables de todos." (7)

Lejos de invitar a desertar del mundo, el cristianismo impone a cada bautizado el deber de participar, según su capacidad, en las iniciativas del progreso. Por respeto a su bautismo, debe luchar, en la medida de sus fuerzas y de su competencia, contra la miseria y la pobreza, el desempleo y la enfermedad, las injusticias sociales o radicales, y trabajar para que se alcance una sociedad que favorezca la plenitud de la persona humana.

4. OTRO MUNDO Y UN MUNDO DISTINTO

Pero el compromiso del cristiano en lo temporal e histórico, no es solamente un deber impuesto por las urgencias y las tribulaciones del mundo, sino que forma parte integrante de su relación con Dios, es decir, del objetivo teológico y escatológico de su fe y de su oración.

Como escribía el P. Tillard, O, P.: "En el Evangelio une Jesús el anuncio del Reino al cumplimiento de signos que son gestos en contra de lo que oprime al hombre y ensombrece existencia en este mundo. Correr la cortina de los sufrimientos, derribar las murallas del odio, hacer posible en este mundo un poco más de justicia y de paz, en una palabra, trabajar por el "auténtico crecimiento del hombre", en el sentido de su dignidad, es objetivamente servir a Dios, instaurar el Reino en el que ahora -hasta el día en que "lo entregue a Dios su padre"- Jesús es el Señor. Incluso si en este servicio no se ha pronunciado aún el nombre del Dios Jesucristo.

Porque esta acción se cumple ante Dios, en comunión con su voluntad de que el mundo sea distinto. Con ella no se busca primordialmente la reacción de los hombres, aunque ellos sean sus beneficiarios. En efecto, el objetivo no es ganar en primer lugar al otro haciéndole caer en la sospecha de Dios o del Reino. Lo que se pretende en primer término es obedecer la voluntad del Señor sobre este mundo Y lo mismo que la voluntad de Dios en relación con este mundo distinto está intrínsecamente unida a su

voluntad en relación con el otro mundo, así también la acción del cristiano respecto a este mundo quiere abrirse a un testimonio que da de Cristo y de su Padre.

Sin embargo, aquella acción en su intención primera trata de ser una colaboración en la transformación de esta tierra para ponerla en armonía con el ya del Reino que en ella está sembrado. Es, repitámoslo, un compromiso ante Dios". (8)

Un emocionante testimonio de cristianismo, a la vez religioso y social, lo dio en su día William Booth, el fundador del Ejército de Salvación. Estas palabras fueron en cierto sentido su testamento espiritual: Helas aquí:

"Mientras haya mujeres que lloren,
como ocurre hoy, yo combatiré.

Mientras haya niños pequeños
con hambre, como sucede hoy, yo combatiré.

Mientras vaya el hombre a la cárcel,
yo combatiré.

Mientras quede un solo borracho,
yo combatiré.

Mientras por las calles quede una
sola muchacha pobre, yo combatiré.

Mientras haya un alma privada de
la luz de Dios, yo combatiré.

¡Y combatiré hasta el fin! (9)

5. ESPÍRITU SANTO Y COMPROMISO SOCIAL

La Escritura y la Tradición de la Iglesia dan testimonio de ello. La acción del Espíritu Santo en nosotros es lo que garantiza la autenticidad de nuestra relación con Dios. Poder de comunión, es Él el que asegura la unidad de la obra de Dios, a la vez Creador y Padre.

Tal es el significado de esta invocación que la liturgia de la Iglesia pone frecuentemente en nuestros labios: "Envía tu Espíritu y todo será creado, y renovarás la faz de la tierra". Estas palabras son profundas y deben sopesarse. Cuando miramos la faz de la tierra, ¿cómo no sentirnos sobrecogidos de temor y hasta de desesperación? ¿Adónde vamos? ¿Qué le pasará mañana a esta humanidad si algún irresponsable aunque sea por inadvertencia, pulsa un botón que podría sumir al mundo en una explosión nuclear apocalíptica? ¿Qué ocurrirá cuando la ciencia pueda manipular al hombre a su antojo desde antes de su nacimiento y en todas sus etapas,

hasta la muerte? ¿Cómo se comportará el hombre cuando el poder político disponga de medios excepcionalmente eficaces para influir en la opinión y en el comportamiento de las poblaciones?

Hoy más que nunca, los cristianos deben aprender la verdadera libertad, mediante una disponibilidad renovada al Espíritu Santo. Deben estar presentes de manera activa para afrontar los problemas que ponen en juego la vida de los hombres y de la civilización. Tienen que entrar en el Cenáculo para dejarse cubrir —en la oración— por su sombra vivificante, después tendrán que salir, llegar hasta la plaza pública, y dar testimonio con seguridad humilde y fraterna.

6. EL ESPÍRITU Y SUS CARISMAS

El cristiano tiene necesidad del Espíritu, de sus dones, de sus carismas, no sólo para su vida espiritual privada, sino también para contribuir a la curación de los males de la sociedad. Estos también han de ser discernidos por el don de sabiduría y sometidos al poder de sanación del Único Salvador del mundo. El cristiano “social”, lo mismo que el cristiano “carismático”, necesita entregarse a la acción del Espíritu Santo para que a través de su colaboración humana y técnica pueda realizarse en profundidad la renovación del mundo.

El Espíritu santificador es el mismo que el Espíritu creador. Por eso, el Espíritu respeta nuestra condición humana, la valora y la refuerza. No invalida el juego de los factores humanos, al contrario, acentúa su autonomía. Pero los “sobredetermina” y hace de ellos signos eficaces del poder y de la bondad de Dios.

Estamos destinados a ser hijos de Dios por adopción. El Espíritu Santo quiere al hombre en su integridad humana; incluso lo lleva más allá no sólo de sus capacidades nativas, sino también más allá de sus sueños audaces. Nos llama y nos introduce en el misterio trinitario. Ni más ni menos. “Nuestro programa social es la Trinidad”, decía en el siglo pasado N. Fedorov. (10)

Tenemos que ampliar el horizonte y la audacia de nuestra fe en el Espíritu Santo.

“El Espíritu Santo, se ha dicho, alcanza la articulación de lo que, en nosotros, es interior y exterior, espíritu y carne, palabra y silencio, antiguo y nuevo, muerte y vida, ordinario y extraordinario, carisma e institución, individual y colectivo, etc. Ordena constantemente los dos términos, el uno al otro, en una reciprocidad que confiere a la criatura el ser imagen, semejante a su Creador. El Espíritu actúa en el hombre en la conexión unificante de su complejidad viviente” (11)

Se desbloquearía igualmente, creo yo, la tensión entre lo “carismático” y lo “social” si se comprendiese la profundidad y la amplitud de la acción del Espíritu Santo, y si la teología de los carismas desbordase y corrigiese interpretaciones exegéticas, demasiado estrechas y restrictivas.

Sin el Espíritu Santo y sus carismas no hay Iglesia. Los carismas pertenecen a su misma naturaleza de “Sacramento universal de la salvación” (12), y son igualmente constitutivos de la vida cristiana en su expresión tanto individual como comunitaria.

Ningún grupo de movimiento en la Iglesia puede pretender, por consiguiente, monopolizar para sí el Espíritu y sus carismas.

Los “carismas” de los que trata san Pablo, sin que, por lo demás, pretenda dar una lista exhaustiva, no se reducen a manifestaciones “extraordinarias”, pues se manifiestan en toda la vida de la Iglesia. El Apóstol habla de ellos como de experiencias importantes de la vida eclesial; pero no por ello constituyen el fundamento de su teología sobre el Espíritu Santo.

Los carismas del Espíritu son innumerables. Gracias a ellos cada miembro de la Iglesia está al servicio del Cuerpo entero. Los carismas son esencialmente funciones ministeriales orientadas a la edificación del Cuerpo y al servicio del mundo. En cada cristiano, el Espíritu se manifiesta mediante una función ministerial de servicio. Ningún cristiano carece de algún ministerio en y para la Iglesia y el mundo.

7. LOS FRUTOS DEL ESPÍRITU SANTO

La acción del Espíritu, por interior que sea, tiende a la fecundidad exterior.

El Espíritu da frutos. ¿Qué significa esto? “La noción etimológica de fruto, en la Escritura, -escribe M. Ledrus-, responde a la de producto más bien que a la de fruición y de gozo. El concepto de fruto procede, de hecho, de la unión apostólica fructuosa más bien que de unión contemplativa, fruitiva... El fruto del Espíritu Santo es un fruto de carácter espiritual más que un fruto simplemente gustado.” (13)

En este sentido, el “fruto” comporta, en primer lugar, una fructificación interior abundante de vida teologal, pero también una repercusión un brillo social, una fructificación visible a nuestro alrededor, en el mundo: Esta fructificación es como una “epifanía divina en la sociedad cristiana”. Aquí, como en todas partes, la existencia cristiana aparece, cuando es auténtica, sobreabundante en interioridad, y floreciendo siempre en la sociedad humana.

8. LA MISERIA DEL MUNDO A LA LUZ DEL ESPÍRITU

Todo cristiano debe saber que las miserias del mundo no sólo se explican por el juego de los hombres, por el enfrentamiento de los intereses opuestos, sino también porque las fuerzas del mal toman en ello una parte misteriosamente activa y el poder del Príncipe de las tinieblas no es una frase vacía. Tampoco puede ignorar, so pena de irrealismo, la herida que el pecado original infligió a la humanidad. Es preciso luchar por un mundo mejor, utilizando las armas del Espíritu enumeradas ya por san Pablo, y analizando los males de la sociedad a la luz del Espíritu Santo, el cual conducirá al cristiano a las fuentes mismas del mal, es decir, a la influencia» del pecado. Porque el

mal último que nosotros sufrimos, hay que atreverse a decirlo, no está en las instituciones, ni en las cosas; está en nosotros, en nuestra voluntad, en nuestra alma. Este mal interior y profundo engendra los abusos sociales que renacen sin cesar bajo todos los regímenes. Si no se ataca, podrán desplazarse las injusticias, cambiarse de campo, pero no se suprimirán.

Jamás se dirá suficientemente hasta qué punto el pecado es, por sí mismo, antisocial. Quebranta disimuladamente los lazos fraternos y compromete la humanización del mundo. La fe nos dice, además, que quebranta el Cuerpo místico de Cristo en toda su entidad, y que todo el pecado refuerza misteriosamente la influencia de Satanás en el mundo. El drama del mundo tiene raíces en su drama espiritual cuyo teatro no es otro que la conciencia de los hombres. Este drama termina siempre escribiéndose en los hechos. El pecado, que se describe como ausencia de ser, sacude al mundo hasta sus cimientos, mientras que la gracia de Dios lo regenera y lo lleva a su mayor perfección individual y comunitaria.

Gracias a la fe, sabemos que solamente el nombre de Jesús puede, en última instancia ser verdaderamente portador de salvación. Sin él, quedamos en la superficie de las cosas. Existe una manera cristiana de trabajar por la promoción humana, trátase de educación, de salud o de desarrollo del tercer mundo. Esto no excluye en nada la colaboración que el cristiano debe, hacer con sus hermanos los hombres, especialmente en una sociedad pluralista como la nuestra. No se trata de encerrar al cristiano en ghettos, sino que debe saber que se halla siempre y en todas partes, por el hecho de su bautismo, bajo el impulso del Espíritu. Cualquiera que sea el problema con que se enfrente, debe optar por creer que la sabiduría y el poder del Espíritu pueden iluminarlo y guiarlo.

El Espíritu Santo en nosotros es semejante a un faro que, en nuestra noche, proyecta su luz sobre la costa y nos revela los peligros secretos, los arrecifes ocultos. Nos ayuda a discernir mejor todo lo que es inhumano en la sociedad que nos rodea. Nos fuerza a comprender que el conformismo social oculta abismos de cobardía, de respeto humano y de miedo. Nos revela los falsos dioses de nuestro tiempo y denuncia nuestras idolatrías sucesivas. Los ídolos de hoy no se llaman Baal o Astarté; se llaman la sociedad de lucro y de consumo, o también, la sociedad permisiva, entregada a las fluctuaciones de cada día. Se les rinde culto cada vez que se acepta, “para evitar lo peor”, dictaduras inhumanas, guerras injustas, discriminaciones raciales. En otro tiempo, morían los cristianos por haber negado algunos granos de incienso a los ídolos. El César de hoy no lleva generalmente un nombre propio; su nombre es el ambiente general de nuestro tiempo, el ambiente contaminado que nos envuelve...

Es necesario, a la vez, conservar en el corazón una viva esperanza que nos lleve a la gloria de Dios y a trabajar en este mundo con todas nuestras energías, para hacer más habitable la tierra de los hombres. La visión del futuro debe hacernos valorar el presente, sin rebajarlo. Cada esfuerzo de promoción humana tiene su precio, y es ya como una anticipación “de esos cielos nuevos y de esa tierra nueva” que se preparan. Hay que estar, a la vez, con la mirada puesta en el más allá, que rebasa todos nuestros sueños, y sinceramente comprometidos en el hoy de Dios, en el corazón del mundo.

Porque es “creador de vida” y poder de comunión, el Espíritu Santo nos orienta hacia lo concreto y lo vivencial, hacia nuestra relación filial con Dios, y hacia nuestra relación fraternal con todos los hombres.

Es esta realidad concreta, a la vez grandiosa y dramática, la que Dom Helder Câmara nos invita a encontrar en las páginas que siguen.

II Dom Helder Cámara

1. EL CRISTIANO, HERMANO DE TODOS LOS HOMBRES

La mera condición humana implica ya una dimensión social. Nadie ha sido creado para permanecer en soledad, en el vacío. Cada uno de nosotros nació de un padre y de una madre, quienes, a su vez, tuvieron padre y madre. Cada uno de nosotros vive encarnado en el espacio y en el tiempo. Y todo esto nos crea derechos y deberes con una dimensión social. Todo el que cree en Dios, Padre común de los hombres, está ya, por este solo título, comprometido en lazos de fraternidad y de solidaridad humanas. En el mundo de hoy, cuando los medios de comunicación social nos hacen conocer a nuestros hermanos humanos de países cercanos y lejanos, advertimos mejor la solidaridad universal que nos une a ellos, como también, por desgracia, los antagonismos que enfrentan a los pueblos.

Para el cristiano, “hombre nuevo” según Pablo, la dimensión social responde a una exigencia nueva cuando se encuentra con otros hermanos cristianos, bautizados como él, miembros como él del mismo Cuerpo Místico que es la Iglesia. Aparecen deberes nuevos. Pero esta fraternidad en Cristo no repliega al cristiano sobre sí mismo ni le encierra en el círculo de sus hermanos cristianos sino que, por el contrario, le abre al mundo inmenso de los hombres por los cuales Cristo derramó su sangre redentora, y que el Señor llama - sépanlo o no los hombres - a un destino final común.

En su primera Encíclica *Redemptor Hominis*, el Papa Juan Pablo II ha señalado muy claramente de qué manera está presente Cristo “en lo más profundo de la conciencia humana, llegando hasta el misterio interior del hombre que se expresa, en el lenguaje bíblico o incluso no bíblico, por la palabra “corazón” (...) “Imagen del Dios invisible” (Col 1, 15). Él es el hombre perfecto que ha restaurado en la descendencia de Adán la semejanza divina, alterada desde el primer pecado. Porque en Él la naturaleza humana ha sido asumida, no absorbida, por el mismo hecho de que esta naturaleza ha sido elevada también en nosotros a una dignidad sin igual. Porque, por su Encarnación, el Hijo de Dios, en cierto modo, se ha unido también a todo hombre. Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia humana, obró con una voluntad de hombre, amó con corazón de hombre. Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de nosotros, semejante en todo a nosotros, menos en el pecado. (14) ¡Él es el Redentor del hombre!”(15)

El cristiano que mira al mundo con los ojos de la fe tiene un triple deber que cumplir. Según la célebre fórmula de Cardijn, tiene que ver, juzgar, y actuar. Comencemos por la mirada sobre el mundo.

2. VER EL MUNDO ANTE NUESTROS OJOS.

El cristiano que mira al mundo actual no puede menos de sentirse inquieto e interpelado por lo que ve. Aparentemente, el mundo que se encuentra ante nuestros ojos y en el cual estamos insertados es más fuerte y poderoso que nunca. Los avances de la ciencia y de la tecnología están a punto de realizar innumerables y sorprendentes

creaciones, que nuestros antepasados, si volvieran, juzgarían imposibles o interpretarían como verdaderos milagros.

El hombre de hoy tiene recursos técnicos capaces de asegurar a toda la humanidad un nivel de vida humano y tranquilo. El hombre de hoy ha vencido las grandes epidemias, las enfermedades más graves. Quizá esté en vísperas de dominar la muerte y crear la vida en sus retortas. Dominando los ríos, haciendo desaparecer los desiertos, arrancando riquezas increíbles de los océanos, controlando energías inesperadas, como la del átomo, del sol y de los vientos, realizando transformaciones en pleno reino de la alquimia, el hombre de hoy ¿no considera demasiado insignificante el dominio de la tierra minúscula y no está a punto de partir hacia el dominio del universo?

No obstante, para el que sea capaz de ver, hay signos evidentes de que este mundo, aparentemente tan poderoso, agoniza y muere.

Hay ciudades que crecen de tal modo que se hacen monstruosas, crueles, inhumanas, sin posibilidad de resolver, al ritmo del crecimiento demográfico, problemas elementales, como son la vivienda, el agua, el alcantarillado, las basuras, la alimentación... El paro engendra robos y atracos. Los secuestros y los raptos exigen medidas de seguridad tanto más costosas cuanto que existe la posibilidad de cobrar un rescate más cuantioso. La contaminación de las aguas y del aire hacen inviable la vida. La circulación es un problema sangrante, cada vez más insoluble.

Las criaturas humanas no tienen ni el tiempo ni la calma necesaria para hacer honor a su humanidad. Se han convertido en robots y en números. Lo personal tiende a desaparecer. Con estos cambios de valor, tan brutales y violentos, para los que muy pocos están preparados, el recurso al siquiatra y al psicoanalista se ha hecho casi obligatorio.

Un signo todavía más grave del mundo en desbandada y en agonía es que más de dos tercios de la población mundial se encuentran en una situación infrahumana, mientras que las superpotencias tienen quince o veinte veces más de lo necesario para destruir la vida en la tierra.

3. JUZGAR EN CRISTIANO

Pero el cristiano debe discernir. No debe dejarse cegar por la aparente fuerza y grandeza de este gigante de pies de barro.

El mundo, tal como está ahí, bajo nuestros ojos, impone al cristiano un examen de conciencia.

¿Qué hemos hecho entonces del mensaje de fraternidad universal de Cristo?

¿Cómo tener el valor de mirar a Cristo, si nosotros, que nos distinguimos con su nombre y nos presentamos como sus discípulos, contribuimos, por nuestra parte, al escándalo de este siglo, es decir, ver que una pequeña minoría dispone de enormes

medios de existencia y enriquecimiento y la casi totalidad de los hijos de Dios está reducida a una vida infrahumana?

¿Qué debemos intentar hacer a nivel individual, a nivel comunitario y a nivel de nuestros pueblos? ¿Nos atrevemos a mirar a la cara de este inmenso desequilibrio social?

¿No se debería en primer lugar buscar las causas y señalar los mecanismos de estas estructuras injustas que aplastan a más de dos tercios de la humanidad?

¿Por qué se habla de estructuras? ¿Se trata de fuerzas que se unen, que se añaden, que se amplían? ¿Cuáles son estas fuerzas? ¿Quién las dirige? ¿Quién tiene poder de decisión sobre ellas? ¿Se puede ejercer sobre ellas presiones eficaces? ¿Cómo juzgar estas estructuras de injusticia a la luz del Evangelio?

¿Son verdaderamente injustas? ¿En qué medida están vinculadas a una economía fundada sobre la busca exclusiva del beneficio? ¿Es verdad que hay un egoísmo individual, familiar, comunitario, nacional?

No podemos rehuir estas preguntas.

4. ACTUAR

Pero no basta ver claro y juzgar a la luz del Evangelio. Es imprescindible actuar...

El cristiano no puede leer la Biblia, oír lo que dice Dios por los profetas denunciando las situaciones de injusticia de su tiempo, sin concluir que estas llamadas siguen siendo válidas para nosotros hoy.

Hay que buscar salidas, explorar pistas, hacer experimentos y evaluar sus resultados para corregirlos o, por el contrario, ampliarlos y desarrollarlos.

El principio clave de todo arreglo de la situación en los países llamados subdesarrollados, es que no basta trabajar para el pueblo, sino que hay que hacerlo con el pueblo. Hay que suscitar sus iniciativas y ayudarle a bastarse por sí mismo. "Ayúdame a prescindir de tu ayuda": es la llamada del niño que quiere crecer. Es la ley de toda pedagogía.

En virtud de este principio, laicos, religiosos y sacerdotes se meten en unas zonas infrahumanas donde reinan la miseria y el hambre. Incluso sin distintivo religioso visible, se les reconoce en la medida en que Cristo brilla en ellos.

La tentación del pueblo, habituado a aguantar un dominio secular que le impedía y le impide aún el derecho a pensar, a decidir, y a actuar, es esperar pasivamente que se le diga lo que debe hacer. Cuando los animadores -laicos o religiosos- que trabajan abnegadamente entre ellos dicen a los pobres que no han venido para pensar o actuar

en su lugar, sino con ellos, sienten miedo a una represión brutal, pues los pobres no se atreven a hablar, a expresarse y a actuar por miedo a ser aplastados por el más fuerte.

5. UNA ESPERANZA: LAS COMUNIDADES DE BASE

Un medio particularmente eficaz, para ayudar a los pobres a arreglar su situación es suscitar entre ellos comunidades de base. Hay en ellas una mística comunitaria que se alimenta del Evangelio y que halla su fuerza en Cristo. Importa que surjan comunidades que se integren y se unan, no para pisotear los derechos de los demás, sino para no permitir que los demás pisoteen los suyos.

La experiencia demuestra que es fácil a los poderosos aplastar una, cinco, o incluso diez personas. Pero una comunidad coherente no hay fuerza humana que pueda aplastarla, porque Dios sigue vivo y escucha el clamor del pueblo.

Esperar que la promoción humana del pueblo se haga desde fuera gracias a la ayuda de los poderosos, implica exponer al pueblo a desilusiones siempre renacientes.

Pero, he aquí, que comienza a elevarse de entre las masas de oprimidos del tercer mundo un canto de libertad. Ya empieza a verse cómo los humildes y los explotados se unen a otros humildes y a otros explotados...

En las comunidades de base de los países llamados “subdesarrollados”, cuya fe, esperanza y amor son alimentados por una liturgia viva, en la que la Eucaristía comunitaria y los sacramentos vividos comunitariamente juegan un papel insustituible, los niños, los jóvenes y los adultos asumen sus responsabilidades. Participan en la vida política, y en la vida sindical, y en la vida cultural... Están abiertos a todas las expresiones de una auténtica vida democrática.

¡Atención! Dejarme que os lo diga de nuevo: para animar a las comunidades de base en los países llamados subdesarrollados, hay que tener este carisma de trabajar no sólo por el pueblo, sino con el pueblo.

Y el pueblo tiene antenas para discernir quién posee o quién no posee este carisma de trabajar CON los pobres. Atrevámonos a decirlo: lo menos que se debe esperar de todos los cristianos y de todos los hombres de buena voluntad es tomar la defensa de los grupos de base en los países que sufren por amor de la justicia, y defenderlos contra las acusaciones hipócritas de los que tienen interés en evitar las presiones morales liberadoras de estos grupos notables, suscitados con seguridad por el Espíritu del Señor.

Tratemos de ver más de cerca los cambios de actitud que se nos imponen y tratemos de indicar lo que la Iglesia debe suscitar, acoger o inspirar.

6. NUESTRAS RESPONSABILIDADES

No faltan personas que afirman que, en la lucha contra las estructuras injustas que siguen oprimiendo más y más a innumerables hijos de Dios, lo esencial, lo más difícil y lo más urgente es el cambio de las estructuras interiores.

Es evidente que no podemos olvidar el aspecto de conversión personal y, en este sentido, estamos agradecidos en gran manera a los movimientos carismáticos que invocan al Espíritu Dios, se sumergen en la oración y tratan de mover las conciencias.

No hay que olvidar jamás que en el hombre subsisten el egoísmo y sus consecuencias. Están el pecado personal y el pecado colectivo. Es el misterio de la iniquidad. Al lado del mundo entendido como la creación del Padre, objeto de un amor tan particular de Dios, que envió a él a su Hijo amado, existe el “mundo”, como sinónimo de pecado.

7. EDUCADORES RELIGIOSOS

El Padre Arrupe, general de los jesuitas, en una Carta a los Religiosos de la Compañía sacudió la conciencia católica recordando la urgencia de un cambio profundo de la orientación de nuestra labor educativa. Es indispensable que nuestro esfuerzo como educadores intente formar hombres en función del prójimo, de la justicia y de la acción social.

Cada sacerdote debe ser consciente de que tiene la misión de despertar las conciencias. ¡Cuántos sermones se predicán, sobre todo los domingos y los días de fiesta! Supongamos, por un momento, que ya no hay sermones huecos, vagos e intemporales, que no nos cuestionan, que no nos interpelan, que no nos desalojan de nuestras pequeñas comodidades... No pedimos sermones que hieran por el solo placer de herir, que enfrenten, que ofendan. Cuanto más grave es la verdad anunciada, más grande es la necesidad de ver que el predicador habla como un amigo, como un hermano. Si hiere, es para curar, como hace el cirujano. Si quema, es para destruir el error, el mal, y todavía más, mucho más, para purificar.

¡Qué responsabilidad sobre todo para los que dan ejercicios espirituales y para los que animan las casas de oración y los encuentros profundos con Dios! El Espíritu de Dios no puede ni debe invocarse para alimentar alienaciones. ¿No considera mentiroso la Escritura a aquél que dice, que ama a Dios a quien no ve, y detesta a su hermano a quien ve? ¿Qué podemos hacer para aumentar la gloria divina? Podemos, sí, y debemos trabajar para que los hijos de Dios, rescatados por Cristo, no se dividan ya en oprimidos y opresores.

8. LAS RELIGIOSAS Y LOS EDUCADORES.

En el campo de la educación, ¡cuántos jardines de infancia, cuántas escuelas maternas, cuántas escuelas primarias, cuántos institutos, cuántas universidades están dirigidas por cristianos! ¡Imaginad todo ese inmenso esfuerzo utilizado

eficazmente para quebrantar el egoísmo y derribar las estructuras injustas que aplastan a millones de seres humanos, hermanos nuestros!

9. LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN SOCIAL

¡Y los omnipotentes medios de comunicación social! Es verdad que, casi siempre, están controlados por intereses poderosos. Nosotros, que tenemos la gracia y la responsabilidad de medir la importancia y la urgencia de ayudar a romper el egoísmo humano y educar en función del prójimo, debemos estar al acecho para hacer pasar este mensaje a través de la prensa, la radio, el cine, la televisión...

Sufrimos su influencia sin reaccionar, como la playa absorbe las olas del mar. Hay que despertar las conciencias al deber de la reacción. En los países donde existe libertad, es imperativo educar la opinión pública para el deber de expresarse, protestar y lanzar campañas de saneamiento. Tenemos ahí un inmenso campo dejado en barbecho por las buenas gentes, por la mayoría silenciosa resignada. Hay una educación de la no violencia que abre posibilidades inexploradas en orden a recuperaciones necesarias y a cambios que se han de conseguir.

Es preciso recordar siempre que con todo esto no se trata de ambición de poder o busca de prestigio, sino de servir al bien común. Hay preciosas fuerzas latentes que han de ser movilizadas con vistas a las presiones morales liberadoras, capaces de asegurar la justicia y el amor, como camino hacia una paz verdadera y permanente. Pero es necesario conjugar los esfuerzos.

10. CONVERGENCIA DE ESFUERZOS

Tomemos un ejemplo fácil que se puede multiplicar: el de la Iglesia en Latino-América.

El continente latino-americano cuenta con unos 170.000 religiosos (140.000 religiosas y unos 30.000 religiosos, extendidos por distintos países tanto de América central como de la América del Sur).

Tenemos aquí en Latino-América cerca de 800 obispos organizados por el CELAM (Consejo Episcopal Latino Americano). Se llega, pues, a un mismo número de diócesis que, a su vez, movilizan a las parroquias, a las comunidades de base, a los sacerdotes y, sobre todo, a los laicos, cada vez más numerosos y entregados.

Los 170.000 religiosos están organizados, en el plano continental, en la CLAR (Conferencia Latino Americana de los Religiosos). Se comprende la influencia que se puede derivar de semejante convergencia. Nadie ignora que la religiosa o el religioso es alguien que se entregó totalmente a Dios y, por consiguiente, al prójimo.

Aislado y solo, el obispo, el sacerdote, el religioso o la religiosa, el laico, si denuncia injusticias evidentes y que clamen al cielo, y si trabaja a favor de la promoción humana de los oprimidos, fácilmente será acusado de hacer política, de agitador o de sembrar

el comunismo. Si, por el contrario, se uniesen todos los nuestros, demostrando que actúan dentro de la línea del Evangelio, del Vaticano II, de Medellín, y ahora de Puebla, serían invencibles y de esta manera se lograría romper las estructuras de opresión.

11. INVITACIÓN AL VALOR CRISTIANO

El enderezamiento de las situaciones nos interpela a todos. Es un verdadero misterio y un prodigio asombroso, ver cómo el Espíritu de Dios ha suscitado, en todos los países, razas, religiones o agrupaciones humanas, personas decididas a trabajar en favor de la justicia, como camino hacia la paz. En este trabajo, en colaboración con los hombres de buena voluntad, la Iglesia tiene que jugar su propio papel, que sólo podrá realizar al precio de ciertas renunciaciones.

Para que dé el ejemplo que ella debe dar para que sea la presencia viva de Cristo ante los hombres y con los hombres, la Iglesia tiene necesidad, urgente y continua, de perder la preocupación por el prestigio, de desengancharse del carro de los poderosos, de aceptar vivir la profecía del Maestro, válida para todos los tiempos: "He aquí que yo os mando como ovejas en medio de los lobos... Seréis llevados a los tribunales" (Mt 10, 16-17).

¿Por qué temer que nuestra batalla pacífica en favor de la justicia sea mal interpretada, mal juzgada, cuando Cristo mismo fue llamado agitador, subversivo y enemigo del César?

Si es verdad que fue crucificado por proclamarse Hijo de Dios es verdad también que en lo alto de su cruz estaba escrito en tres lenguas distintas que había sido condenado a muerte por una razón política, por haberse declarado rey.

He aquí la difícil y radiante pobreza que Dios pide hoy a la Iglesia de su Hijo: romper todo compromiso con los gobiernos y con los poderosos y comprometerse en el servicio a los pobres, a los oprimidos, a los que nada tienen, a los hijos de Dios que llevan una vida infrahumana.

Si nos dejásemos vencer por el miedo o por la prudencia de la carne, en detrimento de la prudencia del Espíritu, veríamos partir, en número creciente, hacia la radicalización y la violencia, a nuestros cristianos más activos y, particularmente, a los jóvenes, decepcionados por la pusilanimidad de la Iglesia. Muchos de ellos aceptan a Cristo y con Él a la Iglesia profética, pero no a la Iglesia jerárquica e institucional. Es necesario que vean coherencia entre teoría y práctica, entre la decisión de vivir y nuestra doctrina.

El día en que la Iglesia pierda el miedo a ser acusada de hacer política al proclamar las exigencias del bien común; el día en que la Iglesia tenga la audacia de trasladar a su vida los grandes textos, las grandes encíclicas y el Vaticano II, muchos de los que se sienten cristianos, pero permanecen alejados de la práctica religiosa, estarán allí en alma y cuerpo para ayudar a la Iglesia a aportar su contribución a la creación de un mundo más justo y más humano.

Entonces, pero sólo entonces, se establecerá la unión e incluso la unidad perfecta entre la Iglesia profética y la Iglesia institucional, dos aspectos de una misma y única Iglesia de Cristo. Si vivimos esto, ningún cristiano o grupo de cristianos sentirá la necesidad de ir a otra parte a buscar otros profetas; el Cristo de ayer, de hoy y de siempre les bastará como inspirador y guía.

12. EN RESUMEN

Al terminar esta rápida ojeada sobre nuestras realidades cotidianas, quisiera decir brevemente mis profundas convicciones sociales maduradas a lo largo de los años:

No deseo un enfrentamiento entre ricos y pobres.

Creo en la violencia de los pacíficos y en la presión moral liberadora.

No puedo imaginar que el universo, creado por amor, acabe en el odio.

Quisiera decir a todos:

- Donde está el hombre, debe estar presente la Iglesia,
- El egoísmo de los ricos plantea un problema más grave que el comunismo.
- El mundo actual está amenazado por la bomba de la miseria.
- Deben efectuarse cambios profundos para llegar a una justicia global.
- Sin conversión personal profunda, no se puede ser instrumento de conversión del mundo.
- La revolución social no podrá hacerse en los países en vías de desarrollo más que paralelamente a una revolución moral y social en los países desarrollados.
- Hay que construir sobre terreno firme. No basta alfabetizar. El trabajo, el verdadero trabajo, es despertar las conciencias para que esta masa llegue a ser un día, un pueblo.
- Para revolucionar el mundo no necesitamos más que predicar y vivir de verdad el Evangelio de Jesucristo.
- La miseria subleva, envilece y degrada la imagen de Dios en todo hombre.
- No tenemos derecho a descargar sobre Dios lo que es injusticia; somos nosotros los que tenemos que suprimirla.
- Mi puerta y mi corazón están abiertos a todos, absolutamente a todos.

- Cristo dejó dicho cómo se hará el juicio final: seremos juzgados según nuestra manera de tratarle a Él en la persona de los pobres, de los oprimidos y de los aplastados.

13. LA VOZ DEL MUNDO SIN VOZ

Dejadme volver hacia Dios y traducir en mi plegaria la esperanza de los que no tienen voz, en un mundo que los aplasta:

Padre,
¿cómo no reunir
en nuestra oración
a toda la humanidad
cuando tu Hijo divino,
nuestro hermano Jesucristo,
derramó su sangre
por todos los hombres,
de todos los lugares, de todos los tiempos?

Pero, permíteme, Señor,
una intención especial por mi pueblo,
el pueblo sin voz.

Hay miles y miles
de criaturas humanas-
en los países pobres,
y en las zonas pobres de los países ricos-
sin derecho a alzar la voz,
sin posibilidad de reclamar, de protestar,
por justos que sean los derechos
que tengan que defender.

Los que carecen de hogar, los que no tienen pan,
los que no tienen ropa, los que no tienen salud,
los que carecen de la mínima posibilidad de educación,
los que no tienen trabajo, los que no tienen futuro
los que no tienen esperanza;
corren el riesgo de caer en el fatalismo;
se desalientan;
pierden la voz;
se convierten en personas sin voz.

Si todos nosotros, los que creemos en Ti,
hubiéramos ayudado
a nuestros hermanos ricos, a los privilegiados,
abriéndoles los ojos,
despertándoles la conciencia,

no habrían avanzado las injusticias,
la distancia entre los pobres ricos
no sería tan escandalosa,
no sólo entre individuos y grupos de individuos,
sino entre países e incluso entre continentes.

Haz, Señor
Lo que nosotros no hemos sabido hacer
y lo que no sabemos hacer.

¡Qué difícil es pasar la barrera
de las ayudas, de los dones, de la asistencia,
y llegar al terreno de la .justicia!

¡Los privilegiados se irritan
y se creen mal juzgados,
descubren la subversión y el comunismo
en los gestos más democráticos,
más humanos y más cristianos!

14. EL MENSAJE DE PUEBLA

La Tercera conferencia Episcopal Latino Americana, convocada oficialmente por el Santo Padre, Juan Pablo II, e inaugurada personalmente por él, se ha expresado a este respecto con una claridad inequívoca:

“Comprometidos con los pobres, condenamos como antievangélica la pobreza extrema que afecta a numerosísimos sectores en nuestro Continente. Nos esforzamos por conocer y denunciar los mecanismos generadores de esta pobreza. Reconociendo la solidaridad de otras Iglesias sumamos nuestros esfuerzos a los hombres de buena voluntad para desarraigar la pobreza y crear un mundo más justo y fraterno”. (16)

CAPÍTULO III APÓSTOLES DE CRISTO

Cardenal Suenens

Ven Espíritu Santo, y todo será creado...

El término “apostolado” abarca muchas realidades. Aquí se considera, en su primer sentido religioso, como la evangelización directa que tiene por finalidad dar a conocer a Jesucristo y su Evangelio, y llevarlo a la vida. Responde al mandato del Maestro: “Id por el mundo entero, proclamad la Buena Nueva a toda la creación” (Mc 16, 15). Es continuación de la promesa de Jesús a los suyos: “Recibiréis una fuerza, la del Espíritu Santo, que descenderá sobre vosotros. Y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra” (Hch 1, 8).

El apostolado que vamos a presentar guarda relación directa con el misterio de Pentecostés, donde, por primera vez, los apóstoles, por boca de Pedro, anuncian las maravillas de Dios.

Pentecostés, con las lenguas de fuego sobre la cabeza de los apóstoles como símbolo de la misión de los cristianos a través de los tiempos, es la respuesta a la oración de Jesús: “He venido a traer fuego a la tierra y ¿qué puedo desear sino que arda?” (Lc 12, 49).

Es una misma cosa recibir el Espíritu y dar testimonio de Jesús. El Espíritu no viene más que a revelarlo.

Se ha podido decir muy acertadamente: “La Renovación en el Espíritu no se nos ha concedido para que nos convirtamos en un club de carismáticos; ha sido dada para la evangelización del mundo.” (17) Es decir, para apresurar la venida del Reino de Dios entre nosotros. Y esto concierne a la humanidad entera.

El apostolado cristiano se sitúa en la prolongación de la misión de Jesús. Cristo nacerá siempre invisiblemente en las almas bajo la acción del Espíritu Santo. Pero Jesús vino a tomar la condición humana y situarse en pleno corazón de la humanidad. Así, pues, la evangelización prolonga tanto el misterio de Pentecostés como el misterio de la Encarnación. En esta primera parte subrayaremos el primer aspecto: el apostolado pentecostal. En la segunda parte de este capítulo se pondrá de relieve el aspecto de encarnación en el mundo de hoy.

1. EL APOSTOLADO POR LA PALABRA

La fe se proclama. Es “buena nueva” que tiende a comunicarse. “Yo he creído, por eso he hablado”, dice San Pablo (2Co 4, 13). Es una sucesión lógica. Fe y mutismo se excluyen normalmente.

“La Iglesia, -ha dicho Hello,- tiene un Credo que se canta”. La “confesión de la fe” es inherente al cristianismo. Una Iglesia que no hiciera “confesión de fe”, que sólo fuera “ritual” o “silenciosa”, no respondería a la misión recibida de dar testimonio de Jesucristo y de darlo al mundo.

“Quien quiera de verdad salvar su vida, la perderá” (Mc 8, 35), ha dicho nuestro Señor. Lo mismo ocurre con la fe; sigue viva mientras se contagie y mientras se dé. Cubierta de cenizas, la fe está llamada a desaparecer. Necesita quemar lo que toca, igual que el fuego.

El Espíritu se da a los Apóstoles, precisamente, para que den testimonio de su fe por el poder de la Palabra. Las lenguas de fuego de Pentecostés son un símbolo, y los carismas del Espíritu son dados, en una medida importante, para dicha misión.

Las diversas enumeraciones de los carismas, dadas por San Pablo, son bien conocidas, especialmente las de Rm 12,68; 1Co 12,8-10.28-30, y Ef 4,11. Se puede ciertamente

afinar la exégesis de estos carismas, esbozar diversas clasificaciones y elaborar doctas tipologías. Se puede buscar una extensión de estos carismas, una renovación de su base humana y una modernización de su aplicación concreta. Pero, evidentemente, no se pueden eludir algunos de ellos que tienen por objeto una presentación directa del mensaje y que dan, por consiguiente, a éste su legitimidad, en el Espíritu.

Así, 1Co 12,8 alude a una palabra de sabiduría, y a un mensaje de conocimiento; Rm 12, 7-8 evoca la enseñanza y la exhortación; 1Co 12, 9-10 enumera también el don de la fe y el de interpretación, no sin tener en cuenta la profecía, por lo menos bajo diversas formas, y que, regularmente, es citada. En todos estos carismas se trata del apostolado de la palabra. Toda una corriente de pensamiento tiende actualmente a reducir al cristiano al silencio. Se acumulan múltiples “razones” para callarse.

“El mundo no está dispuesto a escuchar”.

El primero de estos argumentos consiste en decir que nuestros contemporáneos no están dispuestos a oírnos.

A lo cual hay dos respuestas. La primera: “¿Cree usted que en tiempo de Jesús estaban sus contemporáneos dispuestos a escucharle?” Bastará mirar un crucifijo para obtener la respuesta. ¿Y en tiempo de los Apóstoles?. Mirad a San Pablo en el ágora de Atenas y escuchad la reacción de los oyentes: no tenían, -dijeron-, tiempo que perder, y ya le escucharían en otra ocasión.

La segunda respuesta consiste en preguntar: “¿Es realmente exacto que el mundo no está dispuesto a oír el mensaje cristiano?” Yo, por mi parte, creo que hay una llamada en todo hombre, debido a un vacío, a buscar el porqué de la vida, del sufrimiento y de la muerte, que esta llamada es hoy más punzante que nunca, en un mundo enredado en la contradicción entre el progreso vertiginoso de sus medios de existencia y el retroceso espantoso de sus razones de vivir.

“Hay que respetar la conciencia”

Otra manera de bloquear el impulso apostólico es decir que hay que guardarse de todo apostolado para respetar la libertad de conciencia de cada uno.

Es necesario, en efecto, sin duda alguna, respetar la conciencia. En el pasado, confesémoslo, la fe no siempre se comunicó dentro del respeto a la libertad de cada uno. Las conversiones “a lo Carlomagno” o mediante la aplicación del Tratado de Westfalia (cujus regio, illius et religio) son hechos históricos deplorables, que nadie puede negar. Felizmente ya no es ésa nuestra situación. Pero de ahí a decir que se violan las conciencias expresando su fe con calor y convicción, hay una gran distancia.

Existe un proselitismo de mala ley, a modo de propaganda, que hay que desterrar. Pero es normal y necesario que yo confiese mi fe dando testimonio de mi experiencia

cristiana y de la fe que habita en mí y que es el secreto de una inmensa felicidad. Lo cual se hará con un respeto infinito a la libertad de los demás.

Debemos tomar una conciencia nueva de la palabra del Maestro, siempre actual: “He venido para que tengan vida, y la tengan en abundancia” (Jn 10, 10). El cristiano posee en Cristo una abundancia de vida que no puede guardar para sí. Ciertamente, la gracia de Dios desborda las mediaciones visibles; pero ¡qué beneficio para el hombre conocer explícitamente al Dios de Nuestro Señor Jesucristo, el Misterio de la vida trinitaria, y la amplitud de un amor que va de la creación a la parusía a través de los misterios de la salvación!

¡Qué riqueza pertenecer a la comunión viviente de los místicos y de los santos que se suceden de edad en edad, que son la gloria de la Iglesia viviente y la garantía de su fidelidad ante Dios! El hermano mayor de la parábola, que se queda en el hogar, no sabe todo lo que debe a su padre y a los suyos. Lo encuentra demasiado natural. El hijo pródigo, por haberse ido de casa, lo sabrá un día mejor que él.

Los cristianos “instalados y tranquilos” no debieran ser insensibles a la tribulación espiritual del mundo. Si dudan del hambre religiosa reinante, no tienen más que contar las innumerables sectas religiosas que pululan, porque hemos fracasado en nuestra tarea de testigos.

El Señor nos ha exigido amar a Dios con toda nuestra alma y con todas nuestras fuerzas. Entre estas fuerzas, la imaginación creadora tiene derecho a una mención especial.

Debemos tomar en serio este deber “de ir a llevar el Evangelio” por todos los caminos de acceso que se abren a los hombres, que se extienden desde ir de puerta en puerta hasta la televisión a escala mundial, pasando por toda la gama de los medios de comunicación. Nuestro Señor nos ha mandado anunciar a voces el Evangelio sobre los tejados. Pide a los suyos que por lo menos sean tan prudentes como las gentes del mundo. La riqueza que hemos de transmitir es una palabra de vida que los hombres necesitan más que el pan. Hay que ir a llevársela.

2. EL APOSTOLADO MEDIANTE LA VIDA

Las reticencias de muchos cristianos actuales respecto a una palabra religiosa explícita y directa comportan, sin embargo, un elemento digno de atención. El hombre contemporáneo está saturado de discursos ideológicos y publicitarios. Por eso, el apostolado cristiano no puede quedarse a la altura de un mensaje verbal: debe encarnarse en la propia vida del testigo. Se enseña ante todo por lo que se es. Es la vida la que ilumina las palabras y les da fuerza de penetración, San Juan nos dice de Jesús “que su vida era luz” (Jn 1, 4). Esto vale para todo testigo de Jesús.

Hoy más que nunca, el mundo tiene necesidad de cristianos iluminados, y transparentes de Jesucristo. Pablo VI dijo un día que el mundo tenía más necesidad de testigos que de maestros. Menos palabras y más ejemplos. El mundo tiene necesidad

de descubrir el cristianismo en la vida de los cristianos. Necesita, como los niños; un catecismo de imágenes y en proyección luminosa.

El cristiano debe proclamar el Evangelio mediante todo su modo de vivir. Y puede hacerlo de dos maneras, además indisociables: por el testimonio positivo de la coherencia de su fe y de su vida, de sus opciones, de sus preferencias y de sus rechazos; y por el arrepentimiento, la confesión humilde y fraterna, delante de Dios y de los hombres, de todo lo que, en su vida individual y social, rechace el Amor. Reconocer que no se ama, o que no se ama suficientemente, es también dar testimonio del Amor.

Mientras el cristiano sea “humanamente explicable”, no sorprende a nadie, no quebranta las reglas del juego ni el conformismo del medio ambiente. Pero tan pronto como empieza a vivir su fe, comienza a suscitar problemas: produce conmoción por las preguntas que hace surgir en torno a sí mismo. Ya se trate de su vida conyugal, familiar, profesional, cívica o social, con toda su existencia, el cristiano debe iluminar sus referencias vitales.

¿Qué es lo que, en efecto, resulta “elocuente”? Un discurso, sí; pero también un gesto, una acción, una actitud, una vida. La misma revelación, han precisado siempre los manuales de teología, se hace con la palabra, y también con los hechos. Wortoffenbarung y Tatoffentbarung, se dice en alemán. El Concilio Vaticano II declara que la revelación divina culmina en Jesucristo “con su , total presencia” y por la manifestación que Él hace de sí mismo con palabras y obras: (18) “Con su presencia total”. Cuando se asegura la transmisión de un mensaje mediante los hechos, las obras y la vida, se evoca, en efecto, una perspectiva más global que la que ofrece la sola “doctrina”. No, en modo alguno, para desvalorizar la doctrina que sea, sino para situarla en el corazón del contexto más amplio y más englobante, que es la persona.

Georges Gusdorf analizó, como filósofo, el poder creador de la palabra; en cuanto realidad humana que da sentido al mundo. Al describir con toda perfección el brillo incomparable de lo “dicho”, de lo formulado, sugiere, sin embargo, ir más lejos. “La enseñanza del maestro, dice refiriéndose a Alain, cuenta menos que el testimonio de su actitud, el encanto de un gesto, de una sonrisa”. Del mismo modo, prosigue, “la presencia de Jesús significaba para cada uno de sus fieles una relación directa y viviente, en cuyo seno la palabra se hacía vocación, encuentro del ser con el ser, y las pocas palabras de hecho pronunciadas no daban más que una aproximación muy lejana”. (19)

En la Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi*, Pablo VI escribía: “La Iglesia evangelizará al mundo, en primer lugar, con su conducta y con su vida, es decir, con su testimonio vivo de fidelidad al Señor Jesús, de pobreza, de desprendimiento y de libertad frente a los poderes de este mundo; en una palabra, de santidad”. (20)

Se trata, por consiguiente, de hacer oír el Evangelio por el testimonio de la “confesión” y, a la vez, de hacerlo ver por el testimonio de la vida. Por sí solo, el testimonio de la palabra corre el riesgo de permanecer verbal, abstracto, siempre inadecuado en su expresión humana. De suyo, se dirige a la inteligencia, ofreciendo una verdad para que

la acoja. El testimonio de la vida se acerca más al hombre entero y sale al encuentro de sus aspiraciones fundamentales. Pero los testimonios se sostienen mutuamente. San Pablo los subrayaba ya en su Epístola a los Tesalonicenses: "Nuestro Evangelio no se presenta con palabras solamente; iba acompañado de portentos, de la acción del Espíritu Santo, y de una garantía absoluta" (1 Ts 1,5).

3. EL APOSTOLADO A TRAVÉS DE LA VIDA COMUNITARIA

Se ha dicho, con toda razón, que lo que necesita la Iglesia de hoy, más aún que nuevas instituciones o nuevos programas, son comunidades vivas.

Fue así, realmente, cómo, a partir de comunidades cristianas, se desarrolló el cristianismo, tal como los Hechos de los Apóstoles nos lo describen. "Todos los que creían ponían todo en común; vendían sus propiedades y sus bienes y repartían su precio entre todos según las necesidades de cada uno. Todos los días, con un solo corazón, frecuentaban asiduamente el Templo y hacían la fracción del pan en sus casas, tomando su alimento con alegría y sencillez de corazón. Alababan al Señor, gozaban de la estimación de todo el pueblo. Y cada día el Señor iba agregando a la comunidad a los que se habrían de salvar" (Hch 2, 44-47).

Se imponía a la Iglesia naciente la necesidad para los cristianos de cierta vida comunitaria, para sostenerlos en medio del ambiente pagano de su tiempo.

Hoy, en el mundo "posconciliar" en que vivimos, renace la misma necesidad. Se puede vivir "comunitariamente" a distintos niveles de vida compartida, pero no se puede negar el poder, tanto de protección cristiana como de penetración apostólica, de la vida comunitaria.

El futuro de la Iglesia dependerá, en gran parte, del testimonio de estas comunidades cristianas que ya empiezan a nacer en todas partes como focos de esperanza.

Helder Cámara ya señaló la importancia de las comunidades eclesiales de base para el futuro de la Iglesia en la América Latina. La Declaración de Puebla también lo subrayó. Hemos consagrado a esta eclosión comunitaria un capítulo de nuestro libro *Un nuevo Pentecostés*, con el título: "Espíritu Santo y comunidades nuevas" (21) Cada día, al tiempo que se acentúa la descristianización del mundo, se comprueba lo acertado de estas líneas de Steve Clark que citábamos en él:

"Un cristiano, para poder vivir una verdadera vida cristiana, debe tener un ambiente en el que se acepte abiertamente el cristianismo, donde se hable de él, donde se le viva. Ahora bien, los católicos van encontrando cada vez menos este ambiente... Dado que la sociedad como tal no acoge va al cristianismo, se hace necesario formar comunidades dentro de la sociedad, a fin de hacer posible la vida cristiana". (22)

Cuestiones para el apostolado de hoy

Después de haber recordado las orientaciones inspiradas por el Espíritu Santo al comienzo de la era apostólica, y de haber considerado la experiencia de la comunidad primitiva, se puede volver la mirada a la Iglesia de nuestro tiempo, donde surgen algunos malentendidos entre los que trabajan por la liberación económica y social y los que se sienten llamados a un apostolado directo y religioso. Estos se plantean algunas cuestiones que someten a la reflexión de todos.

- Todavía no se han superado todas las alienaciones políticas y sociales, ni mucho menos. Por este motivo, ¿hay que ocuparse únicamente de estas situaciones, y hacerse así responsable de una especie de frustración y de alienación religiosa, descuidando el anuncio explícito del mensaje religioso: la misericordia de Dios, la venida del Señor, el misterio pascual y la vida eterna? Es cierto, no todos los países ni todas las regiones pueden considerarse tradicionalmente cristianos, bien arraigados en su fe. ¡No es éste ciertamente el caso de Europa!

- La América Latina conoce, por sufrirlo día tras día, las violencias motivadas por regímenes autoritarios e implacables. Y tampoco pasa un mes sin que aparezca una obra relatando la decepción sufrida por socialistas que han descubierto las graves taras de regímenes que se jactan de su ideología. Ciertamente, cualquiera que sea el régimen político, el sistema cultural o la estructura económica global, el hombre sigue siendo frágil, débil, imperfecto, y así continuará siempre en una medida apreciable. Muchos revolucionarios se vuelven dogmáticos, caprichosos y brutales. En toda sociedad terrestre, la gente roba, miente, engaña, es infiel y mata. ¿No hay ahí, debido a ese vacío, como una llamada a una exhortación moral personal, a una interpelación creyente directa, y a una comunicación espiritual? ¿Y no habrá siempre un lugar indicado para esta forma de apostolado?

- ¿No hay males que jamás será posible superar? Por ejemplo, nuestros límites, a veces considerables, tanto síquicos como físicos; las enfermedades y las miserias inherentes a toda existencia humana, incluso privilegiada; la pena y las aflicciones que nacen de un amor incomprendido, rechazado, roto; las separaciones ineluctables de las despedidas y de la muerte, y tantas y tantas otras. Los que sufren esto en su cuerpo y en su espíritu -esperen o no una liberación política o económica-, ¿no tiene derecho a oír las palabras que el Señor dirigía a todos los que eran objeto de prueba? En suma, ¿para quién vino el Señor a este mundo?

- Estamos llamados a celebrar religiosamente la liberación de los hombres, pero esto comporta diferentes niveles. La liberación económica o política debe celebrarse, pues constituye un “acto salvífico e incremento del Reino” (23) por lo menos “en la medida en que significa una mejor, realización del hombre”. Pero hay otros niveles de liberación y, en especial, un nivel más profundo, en el que “Cristo hace al hombre libre de una manera auténtica, es decir, que le permite vivir en comunión con Él, que es el fundamento de toda fraternidad humana” (24). Esta vez se trata de una liberación de orden religioso, espiritual, y que tiene un lugar central en el misterio de la salvación. Muchas personas esperan más o menos conscientemente esta liberación. ¿No

tenemos que responder a semejantes llamadas? ¿No ha dicho el Señor: “Es esto lo que hay que hacer sin omitir aquello” (Lc 11,42)? Esta palabra vale para todos los tiempos.

Dom Helder Cámara

¡Renueva, Espíritu Santo, la faz de la tierra!

¡Carismáticos, hermanos míos!

Dios está a punto de servirse del movimiento carismático para recordarnos a todos la presencia y la actuación permanente y bienhechora del Espíritu Santo.

Para muchísimos cristianos era una realidad lejana, borrosa; un nombre que se pronunciaba al hacer la señal de la Cruz; una persona que había jugado cierto papel el día de Pentecostés y durante los primeros tiempos de la Iglesia de Cristo.

Los que abrían la Biblia habían encontrado una mención velada de su presencia cuando leían que en el origen del mundo el Espíritu flotaba sobre las aguas y las fecundaba. Se sabía también que había hablado por los profetas del Antiguo Testamento.

El cristiano había oído su nombre con ocasión de la recepción del sacramento de la confirmación. Pero la invocación al Espíritu seguía siendo más que nada un recuerdo de sus intervenciones pasadas; no le concedíamos toda su importancia en la actualidad de nuestra vida cristiana.

El movimiento carismático nos ayuda a ser conscientes de las prodigiosas realidades unidas al Espíritu de Dios que nosotros mismos, cristianos, prácticamente, habíamos olvidado.

Uno se acuerda del Concilio Vaticano II en el que una discusión célebre había enfrentado a los que querían relegar los carismas del Espíritu Santo al pasado, como si no hubiesen sido más que ayudas provisionales para los primeros tiempos de la expansión de la Iglesia, y los que querían subrayar su permanente actualidad. Fueron éstos últimos, como es sabido, los que se ganaron la adhesión del Concilio.

¡Carismáticos, hermanos míos!

Vosotros que tenéis la gracia de creer que vivimos en la Iglesia un incesante Pentecostés, vosotros podéis y debéis ayudar, enormemente, a la Iglesia de nuestro tiempo, y sobre todo a los cristianos que no saben todo lo que implica el cristianismo.

Sin embargo, nadie tiene el monopolio del Espíritu Santo. No podéis olvidar que tenemos que recibir su don con toda humildad. Vosotros no sois mejores ni más

grandes que los demás, y los carismas nada son si no están al servicio de la caridad. Fuera de la humildad y del amor, no se da ningún paso por el camino del Señor. Yo os invito a vivir a la vez bajo el impulso del Espíritu y a dejaros conducir por Él al corazón del mundo, al corazón de los problemas de los hombres. Hay que orar y actuar al mismo tiempo.

Ayudad a aquellos y a aquéllas que están convencidos de que la situación de los hermanos oprimidos, aplastados y reducidos a una condición infrahumana, es tan terrible que es de todo punto urgente ayudarlos a vivir en condiciones humanas, incluso antes que evangelizarlos. Hay que ayudarlos a comprender que la evangelización y la humanización van a la par, viviendo simultáneamente este doble aspecto del mismo evangelio.

Se descubre con asombro que el Espíritu Santo puede actuar poderosamente en medio de los pobres aplastados por el hambre y la miseria. En las zonas de miseria donde la situación es infrahumana, se descubren, no infrahombres o criaturas humanas sin nada en la cabeza, incapaces de pensar, sino hombres capaces de reflexionar, hombres con ideas y abiertos a la inspiración del Señor. Cristo es también sorpresa del Espíritu Santo.

Cuando, en estas zonas de pobreza infrahumana, se lee, por ejemplo, una página del Evangelio, el comentario más profundo y más bello no procede por lo general de las pocas personas cultas allí presentes. Con mucha frecuencia, ese comentario viene de alguno a quien sus condiciones de existencia podrían parecer llevar al estado infrahumano. Cómo no pensar en las palabras de Cristo: “Yo te doy gracias, Padre, porque has ocultado estas cosas a los prudentes y a los sabios, y se las ha revelado a los humildes...” (Mt 11,25).

Dejadme evocar un episodio de la vida cotidiana del nordeste del Brasil. Anunciada, una pobre mujer que no sabe leer ni escribir, había alentado a la resistencia a sus vecinos, amenazados de ser expulsados de sus hogares. Fue detenida y llevada en un coche de la policía, para ser sometida a interrogatorio por un comisario.

Los pobres, frente a la policía, están expuestos más que nadie, ya que no tienen dinero ni abogados que los defiendan. Anunciada temblaba de miedo, un sudor frío brotaba de su frente. Pero ella hablaba a Cristo en su corazón: “Señor, ayúdame. Sin tu ayuda, lo haría peor que san Pedro y Judas. Te traicionarla y traicionaría a tus vecinos”.

Entonces ella se acordó de una palabra de Cristo, que había aprendido de los animadores de nuestro movimiento de evangelización popular “Encuentro de los hermanos”. Ella se acordó de que Cristo había dicho: “Cuando os lleven ante los tribunales, no os inquietéis por lo que vais a contestar: El Espíritu de Dios hablará en vosotros” (Mt 10, 19-20). Estas palabras adquirieron tal relieve para ella, que hizo frente con una calma profunda al interrogatorio.

Puesta en libertad, nos contaba que había dado respuestas tan bellas que ni siquiera podía repetir las. Se palpa ahí la acción del Espíritu Santo, de acuerdo con la promesa del Señor Jesús.

¡Carismáticos hermanos míos!

Vosotros que amáis la oración y gustáis permanecer a la escucha del Señor, seguid atentos y vigilantes, tal como nos lo recuerda tan claramente el Evangelio.

- para que la oración no aparezca nunca como una coartada de la acción apostólica y social;
- para no criticar a los que, sin olvidar la eternidad, recuerdan que la eternidad comienza aquí y ahora; a los que trabajan por ayudar a crear un mundo más justo y más humano ya en esta tierra;
- no aceptéis el catalogar con ligereza a los cristianos según se les ponga la etiqueta de "horizontalista" o de "verticalista";
- no aceptéis que se persiga a vuestros hermanos cristianos y que se les trate como agentes subversivos y comunistas por el sólo hecho de que se unen, no para pisotear los derechos de los demás, sino para no permitir que se pisoteen sus propios derechos.

Por el contrario:

- ayudad a comprender y hacer comprender a vuestro alrededor, en tiempos de violencia generalizada, que la violencia número uno, la violencia madre de todas las violencias es, en verdad, en todo el tercer mundo, la miseria "institucionalizada".
- ayudad a descubrir y a hacer descubrir dentro mismo de los países ricos las zonas negras de la miseria;
- ayudad a comprender y a hacer comprender que la única manera efectiva de evitar la violencia armada, es alentar y practicar la no-violencia activa y valiente y la presión moral liberadora;
- ayudad a denunciar siempre de manera pacífica pero valiente, la carrera de armamentos y, de manera particular, la proliferación de las armas nucleares;
- ayudad a denunciar la idolatría de la seguridad nacional, presentada por ciertos gobiernos como el valor supremo por encima de todo otro valor; ninguna democracia verdadera puede coexistir con esta idolatría, para la cual el fin justifica los medios, incluidos los secuestros, las torturas y los asesinatos;
- alentad en lo posible, de una manera personal y activa, estudios que ayuden a ver claramente las estructuras injustas tan poco conocidas, sabiendo que, sin una visión clara en esta materia, las presiones morales liberadoras seguirán siendo superficiales e ineficaces;

- apoyaos en la Renovación en el Espíritu para ayudar a la Iglesia a despojarse cada vez más de las tentaciones triunfalistas, y a esforzarse por llegar a ser una presencia viva de Cristo al servicio de los hombres y de la gloria de Dios;

- ayudad a los cristianos polarizados en sus conflictos de tendencias a comprender:

- que oración y compromiso cristiano son una sola cosa;

- que un brazo horizontal, por sí solo, no llega a ser una cruz, como tampoco un brazo vertical es una cruz por sí solo.

- Y que es preciso unir los dos brazos para tener la cruz de Cristo, suma del amor de Dios y del amor de los hombres.

¡Carismáticos, hermanos míos!

Mostremos juntos al mundo que el verdadero amor de Dios debe pasar, como desbordamiento, al amor del prójimo. Vivamos juntos el misterio de Pentecostés que fue, y seguirá siendo siempre, un misterio de transformación profunda por el que los tímidos se transforman en apóstoles valientes, fieles hasta el martirio.

Y roguemos juntos a Nuestra Señora del Magnificat:

¡Oh, Señora Nuestra! Enséñanos
a escuchar la palabra del Señor
con perfecta disponibilidad,
en toda circunstancia,
y a cantar contigo
el Magnificat que exalta a los pobres,

sin ninguna amargura,
con tal plenitud de amor,
que si su canto hiere a alguno,
solo provoque una herida bienhechora,
que por sí misma ya es curación.

Oración por nuestros hermanos, los ricos

A continuación del Magnificat de María yo quisiera rogar por los ricos. ¿Por qué?, se dirá, quizá. ¡Tienen tantas cosas: dinero, saber, poder! ¿No se bastan a sí mismos? ¿Tienen necesidad de ayuda?

Pues, a pesar de todo, sí ¡hay que rogar por ellos!

¡Señor!

Solo Tú tienes la vida en tus manos,
Sólo Tú posees el conocimiento y la libertad.
La verdadera riqueza sólo Tú la posees;
esa riqueza que no pierde valor,
y permanece más allá de la tumba;
la que se comparte sin empobrecer.

Haz que nuestros hermanos los ricos
comprendan que los lingotes de oro
no se cotizan en el más allá;
que en el país de la eternidad solamente se acepta el amor,
como valor auténtico.

Concede a sus hijos que todo lo tienen,
que descubran la miseria de los pobres,
y no rehuyan su deber social.

No permitas que una vida fácil los eche a perder,
sino que aprendan el valor de la renuncia
para que nazca un mundo mejor,
no contra ellos, sino con ellos.

CAPÍTULO IV. EN EL CORAZÓN DE LA CIUDAD

Cardenal Suenens

1. FE Y ESTRUCTURAS GLOBALES

Nuestra existencia se sitúa en el corazón de estructuras globales. Entendemos por ellas -simplificando- el aparato político total, el orden económico en su conjunto, la administración judicial general de un país, cualquiera que sea, por lo demás, el nombre dado al régimen político adoptado. Estas estructuras globales resultan de la institucionalización orgánica de las normas, de las funciones, y de los grupos característicos de un sistema.

¿Tiene la fe algo que decir cuando se enfrenta con una estructura global? ¿Puede la fe influir en un sistema y en sus componentes? Y, ¿en qué sentido? Esta es la cuestión que hay que examinar ahora. Es tan antigua como el cristianismo; y, con todo, sigue conservando una candente actualidad.

Dos tendencias se enfrentan entre los cristianos: la tendencia llamada “conservadora”, la cual quiere que la Iglesia se mantenga neutral en estas materias, situándose al margen de la lucha y evitando apoyarse en el Evangelio para imponer una opción demasiado determinada. Desea que la Iglesia quede anclada en materias puramente

religiosas, convierta a Cristo a los individuos y, a continuación, éstos asuman sus responsabilidades temporales.

Para la otra tendencia, llamada “progresista”, la promoción humana, la liberación cultural, económica o política representan una dimensión integral de la evangelización, incluso, para algunos, es su dimensión primordial. Estima que la Iglesia, intérprete del sentir de Cristo sobre el mundo, no puede renunciar a su función crítica y, por tanto, impugnadora de todo “desorden establecido”.

Esta crítica, a sus ojos, no puede ser superficial, contentándose con denunciar verbalmente los abusos. Debe llegar a la raíz de los males, es decir, hasta la revisión de las estructuras que los engendran.

Por fidelidad a Dios y a Jesucristo, es, por tanto, un deber de la Iglesia, -se concluye-, ir al mundo, estar presente, y actuar en todas partes donde reinen la injusticia y el sufrimiento de los hombres y contribuir con todo su poder a sanear la sociedad. Por lo demás, -se añade-, quiéralo o no, la Iglesia da testimonio en un sentido o en otro, tanto por su acción como por su inacción. No escapa al dilema. Ella debe inspirarse en su fundador. Jesucristo, el jefe de la Iglesia, amó y socorrió al pobre, se opuso a la injusticia, y curó las heridas físicas o morales de los hombres que encontró en su camino. Ahora llama a su Iglesia -que es su Cuerpo- a proseguir su obra, y a dar testimonio de su amor en medio de las tensiones de la sociedad.

¿Qué actitud se nos impone?

Todo sistema cultural ejerce sobre la sociedad, sobre nosotros, una influencia considerable y profunda. En realidad, representa las reglas, las normas, los modelos que inspiran nuestros juicios y nuestras obras. Por referencia a este sistema, nuestra conducta parece significativa y coherente, a nuestros ojos y para los demás.

Estos modelos culturales (patterns of culture)) constituyen un adoctrinamiento real omnipresente, a veces apremiante, que por todas partes nos impregna.

Cuando el sistema se institucionaliza, y se convierte por ello en una estructura, adquiere necesariamente el poder y el peso propios de una institución.

De la misma manera podría explicarse -cambiando lo que sea preciso- el significado del sistema económico. Y por eso los cristianos hablan hoy normalmente del establecimiento de un “nuevo orden económico internacional”.

Lo mismo ocurre en lo que se refiere a la estructura política, donde surgen trabajos recientes que revelan los mecanismos de dominio inscritos en la teoría de la “seguridad nacional”.

Reconozcamos, sin ninguna duda, que hay desequilibrios culturales, económicos y sociales que reclaman, con toda urgencia, reajustes que sólo se pueden lograr con

esfuerzos conjugados. No se pueden limitar a la sola iniciativa personal problemas que rebasan al individuo. La vida en común comporta exigencias específicas y obedece a leyes propias.

No puede menospreciarse el hecho de que el paso del plano individual al plano social introduce un cambio de escala y, por ello, un cambio de naturaleza en las relaciones. Una sociedad no es la suma de los individuos que la componen; obedece a las leyes específicas debidas a la estabilidad de las instituciones y a la riqueza de una continuidad poderosa; pero también a la inercia de la masa, al espíritu gregario y a una ley de gravedad.

Hay reglas del juego estructural que sería ingenuo y perjudicial ignorar.

Pero es preciso además que el individuo sepa comprometerse en su plano y en cierto modo, pagar, a costa suya el precio de las reformas que reclama.

Didier Aubert, portavoz del grupo “Espiritualidad y Política”, escribía con toda razón:

“¿Cómo, en efecto, asegurar, a la vez, más justicia social, la protección de la naturaleza y del medio ambiente, la salvaguarda de los recursos escasos, la mejora de las condiciones de trabajo y el incremento de la ayuda al tercer mundo, sin efectuar una resta importante del consumo, con arreglo a su carácter superfluo? ¿Se cree que el incremento de la productividad bastará para hacer frente a estas cargas nuevas cuando, paralelamente, hay que conseguir una disminución legítima de la duración semanal del trabajo, una reducción de la edad de la jubilación y un alargamiento de la escolaridad; cuando las inversiones a realizar para asegurar esta productividad exigirán la constitución de un ahorro importante?”

“Nos tapamos los ojos para no ver la necesidad de estos cambios. Y toda la clase política acepta tácitamente esta política del avestruz, sin ver que la inflación es, en gran parte, la contrapartida obligada de los sacrificios que no hemos sabido imponernos, de los esfuerzos que no hemos sabido hacer y que, por esta razón, nos vemos obligados a sufrir ciegamente y en condiciones peores.

“Desde este punto de vista, es bueno y es útil decir, sin complejo alguno, que el redescubrimiento y sobre todo la aplicación de los valores evangélicos del compartir son indispensables en la sociedad de hoy”. (25)

Antiguamente, se aceptaba la pobreza como un hecho inevitable, un accidente histórico fatal, al que el cristiano procuraba poner remedio con las múltiples iniciativas de la caridad. Las ciencias humanas han puesto al descubierto poco a poco las causas de la pobreza. Poniendo a la vista los fallos y las injusticias, han despojado, en cierto modo, del sello de la fatalidad a las desigualdades sociales de los sistemas económicos que oprimían al hombre. De ahí, el inmenso esfuerzo que tiende a corregir las diversas formas de injusticias y liberar al hombre de las alienaciones inherentes a la pobreza y, a fortiori, a la miseria.

De ahora en adelante, la proclamación del Evangelio incluye para todo cristiano el deber de contribuir, por su parte, a las necesarias correcciones sociales colectivas. El amor del pobre, reviste actualmente una dimensión sociopolítica que difícilmente podían suponer nuestros antepasados.

2. PRESENCIA Y VOZ DE LA IGLESIA

En los últimos siglos, la Iglesia concentró mucho tiempo su atención en las urgencias sociales, incluso en empresas supletorias: escuelas, hospitales, asilos, etc., con la preocupación de remediar carencias inmediatas.

Actualmente, cada vez se va tomando más conciencia -acabamos de decirlo- de que hay que atacar también las causas de los males que surgen. Además de las “relaciones estrechas” de la caridad, que van a lo más urgente, la atención se extiende también a las “relaciones amplias”. Hoy se sabe mejor que antes hasta qué punto el marco cultural y económico-político determina la condición de vida concreta de los hombres. Aunque se ha desplazado el acento, los dos intereses son complementarios.

El impacto de los cristianos en el mundo sería inmenso si éstos llegasen a conjugar sus esfuerzos, primero entre sí y después con todos los hombres de buena voluntad, ¿Cómo no suscribir las líneas siguientes de un teólogo protestante, profesor de la facultad de teología de Hamilton (Ontario)? Hablando de la vocación social de la Renovación Carismática, escribe:

“Si los cristianos carismáticos y evangélicos se comprometieran verdaderamente juntos, como debe ser, al servicio de Dios y de su justicia, en el corazón del mundo en que viven, representarían una fuerza más radical y más redentora que cualquier grupo revolucionario de hoy. El dinamismo está ahí: lo que necesitan es una dirección pastoral a la vez sabia y estimulante.”(26)

En el mismo sentido, monseñor Jadot, Delegado Apostólico en los Estados Unidos, declaraba recientemente: “El fin de la Renovación Carismática, no sólo incluye una nueva valoración de los carismas, sino que se extiende al conjunto de la vida cristiana en todas sus implicaciones, sean familiares, sociales o culturales. Esta visión amplia de la Renovación Carismática -como transformación total de la vida humana y de la cultura según las exigencias del Evangelio- es signo de esperanza. (27)

La enseñanza oficial y repetida de la Iglesia presiona a los cristianos a asumir su responsabilidad en el campo de lo institucional y de las estructuras globales.

Mencionemos aquí como declaraciones particularmente importantes las del Sínodo de Obispos de 1971, en Roma, y las del Papa Juan Pablo II, y de la Conferencia de los Obispos latinoamericanos en Puebla, en Febrero de 1979.

Como es sabido, el Sínodo de 1971 estuvo dedicado, parcialmente por lo menos, a la “justicia en el mundo”. Hizo alusión “a los sistemas internacionales de dominio” así como a los “obstáculos objetivos que las estructuras sociales oponen a la conversión de los corazones” (cap. I). Abordando la cuestión de la “acción internacional”, el Sínodo exhortaba a los católicos a tomar en consideración diversas proposiciones. Por ejemplo, “que se reconozca el enraizamiento del orden internacional en los derechos y en la dignidad inalienable del hombre”, “que las Naciones Unidas y las Organizaciones Internacionales sean apoyadas como el inicio de un sistema susceptible de frenar la carrera de armamentos”, y ciertos proyectos “sean estimulados como primer esbozo (...) de un sistema económico y social para el mundo entero”.

Los textos de Puebla son particularmente significativos a este respecto.

“La Iglesia -hablando todavía en general, sin distinguir el papel que compete a sus diversos miembros- siente como deber y derecho estar presente en este campo de la realidad: porque el cristianismo debe evangelizar la totalidad de la existencia, humana, incluida la dimensión política. Critica, por esto, a quienes tienden a reducir el espacio de la fe a la vida personal familiar, excluyendo el orden profesional, económico, social y político, como si el pecado, el amar, la oración y el perdón no tuviesen allí relevancia.

En efecto, la necesidad de esta presencia de la Iglesia en lo político, proviene de lo más íntimo de la fe cristiana: del señorío de Cristo, que se extiende a toda la vida. Cristo sella la definitiva hermandad de la humanidad, donde cada hombre vale tanto como otro: “Todos sois uno en Cristo Jesús” (Ga 3, 28).

Del mensaje integral de Cristo se deriva una antropología y teología originales que abarcan “la vida concreta, personal y social del hombre”. (28) Es un mensaje que libera, porque salva de la esclavitud del pecado, raíz y fuente de toda opresión, injusticia y discriminación.

Estas son algunas de las razones de la presencia de la Iglesia en el campo de lo político, para iluminar las conciencias y anunciar una palabra transformadora de la sociedad.

La política en su sentido más amplio, mira al bien común, tanto en lo nacional, como en lo internacional... En este sentido amplio, la política interesa a la Iglesia y, por tanto, a sus pastores, ministros de la unidad. Es una forma de dar culto al único Dios, desacralizando y a la vez consagrando el mundo a Él”. (29)

3. TEOLOGÍA Y SALVACIÓN LIBERADORA

El inmenso y crucial problema que plantea a nuestro tiempo la situación del subdesarrollo, que afecta a las tres cuartas partes de la humanidad, ha hecho tomar cada vez más conciencia de la realidad del pecado social y colectivo que hay en la base de este desequilibrio.

Se tiene una conciencia más clara de que el pecado no es sólo una falla personal, sino que afecta a nuestras responsabilidades en el terreno cultural, económico y político.

Hay estructuras de pecado que hay que abandonar, porque institucionalizan el mal, es decir, el egoísmo, la injusticia, la opresión, las desigualdades flagrantes, y porque diluyen el sentido de la responsabilidad y de la culpabilidad. Entre cristianos, se ha procedido a una relectura del Evangelio en función de esta liberación del hombre y del deber de luchar contra todas las alienaciones que reducen al hombre "a una condición infrahumana. Es un deber de justicia social y política que se impone a todos nosotros, como consecuencia de nuestra fe en Dios, Padre de todos los hombres, y de nuestra fe en Jesucristo, hermano y amigo común de todos.

Cristo nos liberó del pecado por la redención, del fatalismo por haber despertado nuestras responsabilidades, del sufrimiento sin término, y de la muerte como final "absurdo" del mundo.

El Evangelio es mensaje de salvación y de liberación. Hay que darle a la vez su amplitud espiritual y su lógica de encarnación. La frase de Bernanos se aplica también a nuestras urgencias sociopolíticas: "Lo que los hombres esperan de nosotros también lo espera Dios."

La teología llamada "de la liberación", nacida estos últimos años en América Latina, se ha esforzado por releer la Escritura a través del prisma del pobre y del oprimido, habida cuenta del contexto social de una población que sobrevive penosamente.

Ella ha puesto de relieve el imperioso deber de la justicia para todos, como parte integrante del plan de Dios para el hombre y condición primera de la paz de este mundo. Ha puesto el acento sobre el pecado colectivo y social institucional. Ha actualizado a los profetas del Antiguo Testamento, Isaías, Amos, Jeremías, trayendo a nuestro tiempo sus gritos de protesta. Ha reaccionado, en nombre del Evangelio, contra los desequilibrios sociales tanto dentro de un pueblo, como en sus relaciones recíprocas.

Nos obliga a todos a repensar el problema de la articulación entre el esfuerzo por la liberación humana y por la salvación cristiana. (30)

No rehuye la pregunta: ¿qué relación existe entre la liberación social y la liberación -la salvación- que nos trae Jesucristo?

NI IDENTIDAD, NI SEPARACIÓN

Digámoslo sin rodeos: no se puede identificar la salvación terrena con el misterio de la salvación que reconcilia al hombre con Dios y que libera al hombre del pecado y de la muerte definitiva. No se puede atribuir a Jesús ningún mesianismo temporal. El repitió con insistencia que su reino no era de este mundo.

Pero desconoceríamos el sentido de su acción terrena si olvidáramos que Jesús inauguró y anticipó en este mundo su persona “el Reino de Dios”, que viene. Este Reino no es solamente una realidad mística y futura, sino una realidad englobante, que afecta al hombre en todas sus dimensiones espirituales y corporales, personales y colectivas.

Este “Reino” se dejó entrever, en la visibilidad, cuando Jesús obraba milagros, en los que nosotros descubrimos signos y esbozos del nuevo mundo futuro, de la “nueva tierra y de los nuevos cielos”.

No se puede relegar el cristianismo a la zona espiritual y religiosa sin minimizar el alcance de la encarnación salvadora. Objetar que el mismo Cristo jamás hizo política sería olvidar que, aunque Jesús no fije un agitador social o político, sí desencadenó para todos los tiempos futuros el dinamismo de un movimiento de amor fraterno que va mucho más allá de las exigencias de la solidaridad puramente humana.

Por fidelidad al Maestro, el cristiano de hoy, que vive en un contexto social distinto de aquél en que vivía el cristiano del siglo primero, debe traducir de nuevo las exigencias del cristianismo en nuestro tiempo.

LA LIBERACIÓN, UN PROCESO GLOBAL

Los teólogos de la liberación parten sin el menor reparo, y muy oportunamente, de situaciones de injusticia económica o política. Esto es, indiscutiblemente, la garantía de actuar en una situación concreta y precisa. Pero es también fijar, desde el principio, una limitación del campo de la liberación cristiana. “Puede decirse, -escribe el teólogo latino-americano Gustavo Gutiérrez-, que el hecho histórico, político, liberador, es crecimiento del Reino, es acontecimiento salvífico, pero no es la venida del Reino, ni la salvación total”. (31)

G. Gutiérrez distingue además, con una nitidez ejemplar, “tres niveles de significación: liberación política, liberación del hombre a lo largo de la historia, liberación del pecado y entrada en comunicación con Dios (...) Los tres niveles mencionados se condicionan mutuamente, pero no se confunden; no se dan el uno sin el otro, pero son distintos; forman parte de un proceso salvífico único y global, pero se sitúan en profundidades diferentes.” (32)

En efecto, el proceso de la salvación es global. Por eso cada cristiano, y cada grupo de cristianos, sin asumir necesariamente todas las iniciativas exigidas por la totalidad del proceso liberador, pueden, según la diversidad de sus carismas y de sus dones, limitarse a tal o cual aspecto del conjunto de la obra liberadora. Pero no por ello deberán menospreciar las demás funciones y los demás proyectos.

Nada queda fuera de la totalidad del conjunto del proceso de la salvación. “Nada se halla fuera de la acción de Cristo y del don del Espíritu, -prosigue G. Gutiérrez-. Esto da a la historia humana su unidad profunda. Los que operan una reducción de la obra

salvadora son más bien, aquellos que la limitan a lo escuetamente “religioso” y no ven la globalidad del proceso.” (33)

Pero la limitación puede darse en cada uno de los momentos del proceso. En una perspectiva europea, y no ya sudamericana, se podría decir también que algunos grupos cristianos, cuando llevan una acción con vistas a una liberación política o económica, la articulan a veces en una antropología de tipo materialista, y rechazan todo significado dentro de un recurso al orden religioso. Por ello no llevan a cabo ellos tampoco una acción íntegramente “cristiana”, le falta a ésta ciertos caracteres, y no pequeños, de la autenticidad fijada por el mismo Jesucristo.

EL MENSAJE DE LA CONSTITUCIÓN GAUDIUM ET SPES

¡El progreso terreno es una cosa, y la instauración del Reino de Dios es otra! No se identifican. Con todo, no son extraños el uno al otro. En la constitución Gaudium et Spes, el Concilio Vaticano II subrayó con muchos matices su articulación:

“Ciertamente, sabemos muy bien que de nada sirve al hombre ganar todo el mundo si se pierde a sí mismo. Con todo, la esperanza en una nueva tierra, lejos de debilitar en nosotros la preocupación por perfeccionar este mundo, debe más bien despertarla. El cuerpo de la nueva familia humana crece en ella y descubre ya algún esbozo del siglo futuro. Por eso aunque hay que distinguir cuidadosamente el progreso terreno del crecimiento del reino de Cristo, sin embargo este progreso tiene mucha importancia para el Reino de Dios, en la medida en que puede contribuir a una mejor organización de la sociedad humana.

Estos valores de dignidad, de comunión fraterna y de libertad, y todos los frutos excelentes de nuestra naturaleza y de nuestra actividad; después de haberlos propagado en la tierra conforme al mandato del Señor y en su Espíritu, los volveremos a hallar más tarde, purificados de toda mancha, iluminados y transfigurados, cuando Cristo entregue a su Padre “un Reino eterno y universal: reino de verdad y de vida, reino de santidad y de gracia, reino de justicia, de amor y de paz”. (34)

EL ESPÍRITU QUE RENUEVA LA FAZ DE LA TIERRA

¿Se puede decir con mayor exactitud y autoridad que la liberación humana plena es, en el fondo, obra de la gracia y don de Dios?

La Iglesia nos pone en los labios una oración atrevida: “Envía, Señor, tu Espíritu y todo será creado y renovarás la faz de la tierra.”

En el corazón del Pueblo de Dios, el Espíritu actúa el “ya” realizado y prepara “el todavía no” del Reino.

Es él quien llega a las profundidades últimas del hombre con todas sus cadenas, y quien le encamina hacia el florecimiento final y total de su existencia.

Él sigue siendo para siempre el Espíritu creador y renovador, actuando en el corazón del mundo.

Al acogerlo en fe, en la mañana de la Anunciación, María hizo posible el prodigioso misterio de la Encarnación, punto de arranque de nuestra salvación.

Al abrirse a Él en fe, el cristiano avivará, desde este mundo, la venida de los tiempos nuevos.

ORACIÓN

ENVÍA TU ESPÍRITU

“Envía, Señor, tu Espíritu,
y todo será creado,
y renovarás la faz de la tierra”

Envía tu Espíritu,
ante todo, por prioridad,
para re-crearme a mí mismo.
Libérame de mis pecados,
de mis temores,
de mis complejos,
y lléname,
hasta rebosar,
de tu sabiduría,
de tu poder,
de tu vida.

Envía tu Espíritu,
que escudriñe y revele
tu insondable ternura de Padre
para con tus hijos,
pródigos o no.
Que él nos enseñe a reconocer tu voz,
a captarla
sin parásitos,
en tu longitud de onda.
Que él nos enseñe a orar,
llamándole por tu nombre de Padre
con un corazón de niño
que se sabe comprendido y amado.

Envía tu Espíritu,
que nos revele el secreto de tu Hijo
“en quien te complaces”,
y en quien ponemos toda nuestra esperanza.
Que él nos haga comprender su Evangelio,

versículo por versículo,
en su candente actualidad,
y que nos ayude a traducirlo
en el corazón del mundo.
En fin que, viendo vivir a los cristianos,
se reconozca en ellos un rayo de su faz,
el acento de su voz,
la ternura de su corazón y de su sonrisa.

Envía tu Espíritu,
que nos revele también el verdadero rostro
de tu Iglesia,
por encima de las deficiencias de sus discípulos,
que caminan con un paso cansado,
cargados con veinte siglos de historia.
Que él nos introduzca
en el misterio oculto de esta Iglesia
-de la que María es la imagen viva-
y que permanezca con nosotros,
para que tu Iglesia siga siendo
para cada generación que pasa,
el testigo fiel,
el intérprete auténtico,
el sacramento de Jesús.

Envía tu Espíritu,
sobre tu Iglesia dividida,
que, con dolor, busca su unidad visible;
a fin de que tus discípulos apresuren el paso
para acelerar la hora
en que el Amor y la Verdad
formen una sola cosa,
en el hogar de tus hijos reconciliados;
a fin de que cese el escándalo,
que ha durado demasiado,
y sea mundo crea
en el que Tú has enviado.

Envía tu Espíritu
sobre la tierra de los hombres
para que triunfe sobre las divisiones,
y los libere
de los odios,
de las injusticias
que los desgarran,
y que cree entre ellos
la comunión fraterna,

que buscan a tuestas,
y que toma su fuerza
en la comunión suprema
del Padre, del Hijo y del Espíritu.
Amén

NOTAS:

- (1) L. J. Cardenal SUENENS. La Iglesia en estado de misión. Desclée de Br. Bilbao, 1955.
- (2) A. DONDEYNE – R. GUELLUY – A. LEONARD, Comment s'articulent amour de Die et amour des hommes?, Revue Théologique de Louvain 4 (1973) 4
- (3) Citado en Vocation et Victoire. Recueil d'hommage et de reconnaissance à Erick Wickberg, edit. Brunnen et Cie., Basilea
- (4) cf. G. GURVITCH. La vocation actuelle de la sociologie. Vol I
- (5) A. DONDEYNE – R. GUELLUY – A. LEONARD, Comment s'articulent amour de Dieu et amour des homes. Revue Theologique de Louvain 4 (1973).
- (6) cf. Sh. MACMANUS FAHEY, Charismatic social action. Paulist Press. Nueva York, 1977
- (7) N. BERDIAEFF, Un nouveau Moyen Age, Paris. 1930, pp. 186-187
- (8) J. M. TILLARD, Vie religieuse "active" et insertion dans le monde du travail, en Vie Consacrée 49 (1977) 266. Una obra reciente del mismo autor lleva este título significativo, Devant Dieu et pour le monde, du Cerf. París, 1974.
- (9) W. BOOTH, Soldats san fusils, p 47
- (10) Citado por Oliver Clement en Le Monde, 16-17 de Julio, 1978.
- (11) A. DEMOUSTIER, S.J. , L'intervention de l'Esprit Saint. Christus nº 93 (1977) 114
- (12) cf. Lumen Gentium, nº 1
- (13) M. LEDRUS. Fruits du Saint-Esprit, La Vie Spirituelle (1947) 717.
- (14) Gaudium et Spes, nº 22
- (15) Redemptor Hominis , nº 8
- (16) Puebla. La Evangelización en el presente y en el futuro de América Latina. BAC Minor-55, Madrid 1979, nº 1159-1161

- (17) Palabras del Pastor Thomas Roberts, citadas por J.P. GABUS, Prière, discernement, engagement. Tychique Sept. (1976) 17
- (18) CF. Dei Verbum, nº 4
- (18) G. GUSDORF, La Parole, 1963, p.77
- (20) Evangelii Nuntiandi, nº 41
- (21) Cf L. J. CARDENAL SUENENS, ¿Un nuevo Pentecostés? Descleé, Bilbao. 1975, pp 137-159
- (22) S. CLARK, Where are we headed? Charismatic Renewal Services, Notre Same, Indiana, 1973, pp 33-40. citado por L. J. SUENENS, ¿Un nuevo Pentecostés?, o.c., p. 143.
- (23) G. GUTIÉRREZ, Teología de la liberación. Perspectivas. Sígueme, Salamanca, 1972, p. 239.
- (24) G. GUTIÉRREZ, Teología de la liberación... p. 69.
- (25) La Croix, 29 de abril de 1977, p. 2
- (26) Citado en CARD. SUENENS: Ecumenismo y Renovación Carismática, Orientaciones Teológicas y Pastorales. Barcelona 1979, nº 71.
- (27) Entrevista de monseñor Jadot sobre la Renovación Carismática en Logos Journal, julio-agosto 1978: traducción en Bonne Nouvelle, enero 1979, p.11.
- (28) Evangelii Nuntiandi, 29
- (28) Puebla. La Evangelización en el presente y en el futuro de América Latina. BAC Minor – 55, Madrid. Nº 515-518.521
- (30) Puede consultarse a este respecto el esclarecedor y matizado artículo del teólogo chileno S. GALILEA, Theologie de la libération. Essai de synthèse. Lumen Vitae 38 (1978) 205-228.
- (31) G. GUTIÉRREZ. Teología de la liberación. Perspectivas. Sígueme. Salamanca, 1972, p. 240. Las palabras se encuentran ya subrayadas en el original.
- (32) G. GUTIÉRREZ. Teología de la liberación... p. 238.
- (33) G. GUTIÉRREZ. Teología de la liberación... p. 240.
- (34) Prefacio de la Solemnidad de Jesucristo, Rey del Universo.